

La Ilustración



Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

AÑO XIV

BARCELONA 22 DE JULIO DE 1895

NÚM. 708

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los suscriptores de la **Biblioteca Universal** un nuevo tomo de OBRAS ESCOGIDAS DE VENTURA DE LA VEGA, que contendrá las renombradas comedias *Llueven bofetones*, *La escuela de las coquetas*, *Bruno el teñedor*, *El tío Tararira*, *La sociedad de los trece*, *Quiero ser cómico*, *El gastrónomo sin dinero*, *Una boda improvisada*, *Amor de madre*, *La familia improvisada*, *El testamento*, *El héroe por fuerza*, *Otra casa con dos puertas* y *La mujer de un artista*.

Como muchos de los señores suscriptores que lo son desde principio de este año no poseen el tomo primero de tan notable obra que publicamos el año pasado, les invitamos, para que tengan completa la colección, á que lo adquieran por el precio de CINCO pesetas, ÚNICO PARA LOS SUSCRITORES DE LA **Biblioteca Universal**.

Este primer tomo comprende todas las obras poéticas de tan ilustre autor, entre las cuales se cuentan *El hombre de mundo*, *Don Fernando el de Antequera*, *La muerte de César* y *La crítica de «El sí de las niñas»*, la *Fantasia dramática para*

el aniversario de Lope de Vega y la loa *La tumba salvada*.

El éxito que el libro ha tenido nos mueve á aconsejar y recomendar á nuestros suscriptores la adquisición de este primer tomo por el módico precio antes indicado, con lo cual y tomando el que próximamente repartiremos tendrán una de las obras más salientes de nuestra **Biblioteca Universal**.

A fin de poder atender debidamente á las indicaciones que se nos hagan, rogamos á nuestros suscriptores y corresponsales se sirvan hacernos los pedidos para los que deseen el expresado tomo de las obras poéticas de Ventura de la Vega.



BUENOS AIRES.—Funerales celebrados en memoria de los náufragos del «Reina Regente»

EL MINISTRO DE ESPAÑA SALIENDO DE LA CATEDRAL DESPUÉS DE LA CEREMONIA RELIGIOSA

(De una fotografía)

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. — *Semblanza. José de Espronceda*, por V. Barrantes. — *Los Salones de París en 1895*, por X. — *Latas... á domicilio (historia lastimosa)*, por A. Sánchez Pérez. — *Nuestros grabados. — Miscelánea.* — *Un buen tío y un buen cura* (conclusión), novela original de Juan de la Brette, con ilustraciones de Cabrinety. — *Ardides de las serpientes*, por Z. — *La aritmomantía. — El olfato y el gusto en los animales domésticos*, por X.

Grabados. — *Buenos Aires. Funerales celebrados en memoria de los naufragos del «Reina Regente»* — *Facsimiles de los sellos emitidos en Portugal con ocasión del centenario de San Antonio de Padua.* — *José de Espronceda.* — *Un mercado de París*, cuadro de L. A. Lhermitte. — *Una fábula de Lafontaine*, cuadro de E. B. Debat Ponsan. — *¡Retrasado!*, cuadro de V. Chevilliard. — *La escuela de la miseria*, cuadro de P. M. Beyle. — *En la barbería*, cuadro de H. Brispot. — *Una agencia de teatros*, cuadro de Enrique Cain. — *Sedición en Pavía*, cuadro de E. Boutigny. — *Un bautizo en tiempo del Directorio*, cuadro de Julio Girardet. — *La oración antes de la partida*, cuadro de Deneulin. — *Bonaparte en Egipto*, cuadro de M. H. Orange. — *Un bautizo á principios del siglo XIX*, cuadro de José Gallegos. — *Murat en la batalla de Jena (1807)*, cuadro de H. J. G. Chartier. — *El parte de la victoria*, cuadro de Jorge Cain. — *Carolina Miolán-Carvalho.* — *Ardides de las serpientes.* — *Lucio Anneo Séneca*, estatua de Mateo Inurria Laimosa.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La muerte de *Pitarra*. — Caracteres del genio de este amigo. — La inmortalidad. — Pensamientos eternos. — Centenario de San Antonio de Padua en Lisboa. — Los anarquistas portugueses y su ignorancia de la historia del progreso. — Asamblea católica en la capitalidad de Portugal. — Votos de esta asamblea. — Extensión diaria del socialismo católico. — Reflexiones diversas. — Conclusión.

Profesé á *Pitarra* toda mi vida con afectos de una inextinguible amistad afectos de una constante admiración. Poeta nacido del pueblo, al pueblo consagró mi amigo su inspiración inagotable y continua. Nadie tan catalán como *Serafi* en el amor á su región hermosísima, y nadie tan español en el amor á la patria común. Escribió las dos lenguas, la materna y la nacional, enseñoreándose de ambas. Al concederle nuestro primer instituto literario el premio guardado para el mejor drama hecho el 88, Menéndez Pelayo y yo pusimos tenaz empeño en que lo tuviera el admirado poeta, á cuyo genio todos prestábamos los destellos de un lucero brillando con luz propia en los cielos de nuestros tiempos. El carácter lemosín de su complexión psíquica resalta en toda su grande obra literaria. *Pitarra* ostentaba mucho del estro épico con que han lucido los grandes poetas de la Provenza medioeval, junto á ese antiguo estro satírico que ha hecho reír á sus conciudadanos con risa inextinguible. Cuando tallaba composiciones dramáticas en escenas evangélicas de nuestra religión, ó en hechos heroicos de nuestra Cataluña, ó en tradiciones sublimes de nuestra España, sus obras tomaban, por lo amplio del estilo y por lo alto de la entonación, caracteres épicos; mas cuando ponía en escena lo cómico, por la vida de todos tan frecuente, sus ironías, atávicas en él, herencia de sus gentes, pegaban risas ruidosas á todo el mundo, que hacían de la representación de sus obras ligeras una fiesta continua. Yo no conozco nadie que se le parezca tanto como Clavé, músico popular y poeta; regional en sus bellos idilios puestos sobre las orillas del Ter y del Llobregat, y al mismo tiempo nacional como nadie, cuando invita, para que vayan á morir por la patria común en África, los descendientes de aquellos almogávares que iluminaron la noche de los siglos medios con las centellas de sus espadas, cuyo corte saliera del contacto con los pedruscos catalanes; liberal y demócrata y republicano convencidísimo, pero reconociendo y proclamando que la República debe huir del socialismo siempre reaccionario y de la revolución sistemática, opuesta del todo á la libertad y el derecho. Duerman en paz los dos grandiosos genios.

Pero al despedirse de tantos amigos para siempre, ¿no se queda uno más entregado á sí mismo y más solitario cada día? Y al encontrarse más solitario cada día, ¿no se repliega uno dentro de la conciencia, é interroga los misterios, extendidos, como una sombra gigantesca, en el espíritu y en el espacio? Buscamos la paz y por todas partes la guerra estalla. Queremos afirmar y creer, cuando no hay punto en la vida que deje de alzarse por sí mismo sobre una contradicción irreductible. Cada sol va engarzado en su respectiva sombra. El concierto de las esferas enmudece al silencio de lo infinito. Nuestro planeta, lleno de vida, va desposado por la inmensidad con luna envuelta en sudarios de muerte. Imposible afirmar la justicia, sin afirmar la idea contraria; é imposible comprender la hermosura, sin que, tras sus líneas armoniosas y su faz serenísima, reaparezca la fealdad ha-

ciendo una sarcástica mueca de burla ó menosprecio. La imaginación pone ninfas bellas en los cristales del arroyo ceñido por sus márgenes de violetas y luciérnagas, como pone desdentadas brujas horribles en los abismos de la noche y en los espantos de la superstición. El tálamo de todo placer y la mesa de toda orgía se levantan sobre losas de sepultura. Por tanto no podemos mirar á nuestro Dios y su gloria en el cielo, sin que inmediatamente sintamos el infierno hervir sobre nuestras plantas con su maldito diablo. Así la muerte y el amor se juntan. Mientras la una mata, el otro crea. Y sin embargo, en el fondo son lo mismo. Y el velo de la desposada se asemeja más de lo que parece á la sábana del cadáver, y el nacimiento con sus lloros y con sus dolores á las postreras agonías del moribundo: que así, misteriosamente se identifican los contrarios. Tono grave y agudo en la música, sombras y luz en la pintura, desafinidades y afinidades en la química, repulsiones y atracciones en la mecánica, muerte y amor en el mundo producen y conciertan á la postre verdaderas y santas armonías. La síntesis entre los principios contradictorios de nuestra vida, muerte y amor, se halla en la inmortalidad. No puede, no, destruirse un solo átomo, sin que perezca todo el universo, y menos podrá destruirse la idea, más vividera que un átomo, y el espíritu, mayor todavía que el espacio, pues aquél esclarece á éste con sus pensamientos, más todavía que los soles con sus rayos. La prueba de otra vida se halla en el deseo de vivir eternamente, como la prueba de que supera el bien al mal se halla en que dura y perdura el universo, no obstante los gases de muerte que emponzoñan toda vida y las fuerzas de exterminio que á todo ser combaten. Estamos seguros de hallar en la inmortalidad los seres queridos que nos ha robado la muerte.

Todos estos pensamientos nos llevan como de la mano á contemplar uno de los mayores hechos transcurridos en estos días, la reunión del congreso católico de Lisboa. En este congreso, que ha presidido el patriarca de Portugal y que ha honrado con su protección el cardenal de Valencia, se han dilucidado los mayores problemas y se han sabiamente convenido fórmulas de armonía y concordia entre la religión y la ciencia, entre la Iglesia Católica y los Estados modernos. Nuestro cardenal Sancha, vivo y nervioso, con un espíritu abierto á todas las ideas, el corazón embargado por el cariño á las clases jornaleras, de voluntad activa y en ejercicio siempre, caritativo sin ostentación y bueno sin esfuerzo, más sociólogo que místico y un organizador de primer orden, hacendista y sabio en la intuitiva economía congruente con su ministerio episcopal, pide á los ricos larguezas para los pobres y pide á los pobres respeto y veneración para los ricos, pareciéndose á esos grandes obispos americanos de nuestro tiempo, cuya labor honra tanto al siglo XIX, en que ningún progreso democrático le asusta y creencia ninguna se halla tan arraigada en su ánimo como la creencia de que la Iglesia no debe contentarse con la redención religiosa y la bienaventuranza celestial de los fieles en la otra vida, debe hacerlos felices en esta vida también, procurando el bienestar común y el mejoramiento de las condiciones sociales, para que todos los ciudadanos entre sí mismos se reconcilien y todos contribuyan á la compenetración del Estado con la sociedad y al concierto de la obediencia indispensable con el derecho natural. Yo me alarmo mucho cuando veo tendencias socialistas en el gobierno y en la política, pues no pueden hacer estas instituciones milagros; y no me alarmo nada cuando veo tendencias socialistas en la religión y en la Iglesia, pues ambas instituciones son las vestales del ideal, y sólo ellas pueden hacer con su predicación de la caridad arriba, que los ricos socorran á los pobres, y con su predicación de la conformidad abajo, que los pobres amen á los ricos.

Se ha celebrado el congreso católico en Lisboa con motivo de celebrarse ahora el centenario de San Antonio de Padua. Mucho se ufana Portugal con este santo y mucha razón de ufanarse tiene. Almas que dejan en el cielo tantas vetas de luz y en el mundo tantos gérmenes de bien, merecen el culto prestado á ellas en el altar y la veneración de cien generaciones. Las gentes, acostumbradas á ver el Antonio consagrado por la liturgia, con su ramillete de argénteas azucenas empuñado por la mano izquierda y su Niño Jesús en la mano derecha sostenido, sólo se acuerdan del joven por la Iglesia canonizado, y no del repúblico y no del orador y no del demócrata santificados por la Historia. De tal olvido proviene la triste acogida que han dispensado los anarquistas portugueses á la procesión, semi-cívica y semi-religiosa, en honra y culto del santo, vociferando sobre la tumba de un mártir del progreso y esparciendo á los cuatro

vientos papeles llenos de protestas. A estas gentes, nacidas en el tiempo de las decadencias monásticas, todos los monasterios se les aparecen como centros de ignorancia y todos los monjes como enemigos irreconciliables. Mas no recuerdan lo que fué á comienzos del siglo XIII Europa y lo que hoy es á fines del siglo XIX. Y no recuerdan que si religiosamente San Francisco se aparece como el segundo Jesucristo, socialmente San Francisco se aparece como el primer precursor y bautista de la democracia moderna. El culto á la pobreza entre tantos potentados co-



Facsimiles de los sellos emitidos en Portugal con ocasión del centenario de San Antonio de Padua

mo había entonces; la exaltación de los humildes y de los siervos frente al castillo y al combate feudal perpetuos, nos dicen que se rompió en la orden franciscana un eslabón más de nuestra cadena y que allí subimos todos un grado más en la escala de nuestra redención. Pues el discípulo de San Francisco, San Antonio, después de haber evangelizado en África, presentóse ante los italianos por las campañas veneto-lombardas, y como los caballeros feudales se hubieran convertido en *podestas*, pasando del castillo roquero al palacio ciudadano, para oprimir á su sabor las democracias emancipadas por el triunfo de éstas sobre el emperador y el imperio, los atajó con tal fuerza y los reconvinó con tanta dureza y los sujetó con imperio tan formidable, que la mano de una república como Padua, libertada de su déspota Ecelino por un predicador como Antonio, le ha levantado templo hermosísimo, cuyas líneas y colores, no sólo recuerdan los servicios prestados por este inspiradísimo taumaturgo á la religión, recuerdan los servicios prestados por este joven tribuno á la libertad y á la democracia.

Hay fenómenos sociales de la mayor importancia, que aparecen con una extraordinaria fuerza y se imponen sobre los más indóciles al yugo externo con una grande autoridad. Entre tales fenómenos creo de una enseñanza muy aprovechable la extensión y la importancia conseguidas por el socialismo cristiano en todas las iglesias católicas del mundo. Comenzó esta obra de transformación religiosa el episcopado inglés, dispuesto y vigilantísimo frente á una fuerza tan formidable como la fuerza del episcopado anglicano. Reducidos dentro de los dogmas, no hubieran sobrepujado al temperamento religioso que las ideas heredadas y las edades transcurridas han dado al natal temperamento británico. Pero, descendiendo hasta el pueblo, mezclándose con su vida y admitiendo sus penas como propias, embargados tan sólo por la idea de llevar consuelos al dolor de los espíritus y remedios al hambre de los cuerpos, han mucho camino andado y atraído á su seno innumerables almas. Al clero católico inglés sucedió en este colosal intento el clero católico americano. Mucho han disentido el obispo de San Pablo y el arzobispo de Nueva York en materias canónicas y disciplinarias; pero en la tendencia social no han discordado nada. Y quien mayormente ha contribuido á la erección y robustez de tal obra increíble han sido aquellos laicos y religiosos franceses, que han hecho por la reforma social un esfuerzo análogo al que hicieron en su tiempo Lacordaire y Montalembert por la reforma política. Yo no creo en el socialismo. Cada día más individualista y liberal, no comprendo el Estado-Providencia. Pero creo en que los sacerdotes, consagrados á predicar la caridad á los ricos, podrán más que nosotros, y lograrán adelantos del bienestar social, que, nacidos de afectos particulares, contribuyan al bien y al progreso de la humana sociedad universal.

Madrid, 8 de julio de 1895



SEMBLANZA

Fué un pájaro que pasó cantando por los aires á esconderse en la *selva selvagia*, para que apenas se recuerde medio siglo después el color de su pluma. Afortunadamente el eco de sus cantos deleita nuestros sentidos todavía, merced al gran fonógrafo de la imprenta, que los recogió amorosa y sin cesar los lanza á los espacios poéticos donde las almas sensibles se los beben.

Hasta la fecha de su nacimiento fué como trazada al vuelo y en el aire, por aquellos días críticos en que empezaban á soplar sobre nuestra patria los de la tempestad más horrorosa que desde la invasión de los moros ha sufrido. Buscábase esa fecha en los archivos parroquiales de Almendralejo, rica villa de Extremadura, mientras yacía en los castrenses de Madrid, donde la encontró la Academia Española, para regularizar el orden cronológico de la nómina de escritores célebres que ostenta la fachada oriental de su nueva casa. Por cierto que no faltó cazador furtivo, de estos que andan á matar piezas por otros levantadas, que se atribuyese el descubrimiento publicando incontinenti *La verdadera patria de Espronceda*, nuevo alarde de su inhabilidad en el propio contrabando que profesa, pues nunca jamás la patria del poeta se puso en duda, sino la fecha de su nacimiento, ni aquélla podía en razón dudarse mientras existan los bellos endecasílabos que dedicó á su paisana Carolina Coronado, galanteándola con versos como éstos:

...en el mismo valle hemos nacido,
ninfa gentil, para adorarnos dos.

Recuerda también esta circunstancia la singularísima que ofrecieron por aquellos días las lindes de la tierra de Serena con la de Barros, produciendo casi á la par dos poetas estupendos y por diverso estilo desesperados: Donoso Cortés, el místico augur de las calamidades apocalípticas que á la época moderna han de afligir más cada día por haber abandonado los caminos de la fe y de la autoridad, y Espronceda, el cantor de los mendigos y los piratas, el incansable demoleedor de esa misma fe y esa misma autoridad, el apuesto paladín de visiones sociológicas, que apenas concibe, apenas entrevé, y que su espíritu delicado se espanta de definir, por el contraste que hacen con su naturaleza sensible, con su cultura exquisita y con su tierno corazón, más dispuesto á verter lágrimas que á hacerlas derramar. Y ambos poetas por extraña aventura nacen, no sólo casi á la par en las orillas del Guadiana, sino en circunstancias semejantes, en el campo ó poco menos, como si la naturaleza quisiera recibirlos á solas para contemplarlos mejor: Donoso debajo de una encina del valle de la Serena, huyendo su madre de los franceses, que nos

habían ganado la batalla de Medellín; Espronceda enfrente de Almendralejo, por donde pasaba su padre mandando un escuadrón de caballería... Y pocos años después para mayor maravilla, tras estos férreos cantores de irreconciliables ideales, como para humanizarlos y endulzarlos, como para verter una gota de ambrosía en tan hondos cálices de amargura, fórmasen de aquellos mismos barrotes, más preciados que oriental murrina, la *ninfa gentil* que había de enamorar al poeta de *El diablo mundo* antes de conocerla; poetisa tan sencilla y natural, que así se apasiona por Safo como por Santa Teresa, que se extasia ante el misterioso potoplasma de la Virgen sobrenaturalmente grabado en ciertas bellotas de la antigua Budna en las orillas del Gévorá, que tiene por artículo de fe que el amor puede separar las sombras de los cuerpos, y así dice de la manera más natural del mundo: «Se va mi sombra, pero yo me quedo,» y que en fin cuando canta á las flores exhala perfumes; cuando á los pájaros, gorjea; cuando á los niños... ¡oh! ¿quién califica aquel lenguaje infantil con que ofrece á su hermanito contarle una historia:

Quando el alegre balbuceo
deje, Emilio, tu labio bullicioso,
quando del álamo frondoso
que tan lejano de tu frente veo,
las ramas toque la graciosa mano
que ora no alcanza al peralillo enano...

¡Trinidad singular y misteriosa!, ¿no es cierto?, la que nació á orillas del Guadiana en aquellas décadas de nuestro siglo, que hará por siempre memorables la guerra de la Independencia! Cuando leemos *Los Genios gemelos*, de Carolina Coronado, nos ocurre siempre que menos paradójico y extravagante parecería aplicarle á ella su propia tesis, juntamente con Donoso Cortés y Espronceda.

Para singularidades, este último, por quien puede repetirse la ya manoseada frase de que la naturaleza rompió sus moldes é hizo gala de extravagancia y paradoja. Criado por un coronel ordenancista y por una madre sumamente severa, el desorden mismo y la rebelión permanente encarnaron en el muchacho de tal modo, que fué prototipo de aquella revuelta época en que ni el hombre más sano estaba libre de algún achaque de monomanía política. Apenas se concibe cómo una sociedad semejante ha podido entrar medio en caja aun después de tres cuartos de siglo; porque ser católicos á marcha martillo, y celebrar como gracias todos los insultos, las diatribas todas y las calumnias groseras que los enciclopedistas habían sembrado contra la religión y la Iglesia; hacer á Napoleón guerra á muerte, llevando la cabeza llena de ideas napoleónicas; adorar en la monarquía representada por un Fernando VII, que pública y oficialmente felicitábase de la derrota de los españoles y por unos infantes imbeciles ó pazguatos, cuadro sombreado por las frescas tradiciones de María Luisa, de Godoy, de los escándalos del Escorial, de Aranjuez y de Bayona, y todo esto elevado al *delirium tremens*, al heroísmo sublime, al sacrificio universal de vidas, de haciendas, de honras..., ciertamente apenas lo concibe la inteligencia humana sino como un acceso de fiebre, que hubiera escrito en su último grado *finis Hispania*, si la historia no revelase la mano de la Providencia en esas grandes crisis, ya para mejorar, ya para castigar á pueblos y hombres. ¡Ah, qué hombres y qué pueblo encontró aquí Fernando VII al volver de su vergonzosa emigración, y qué mal supo dirigirlos!

Educado militarmente y para la carrera militar, ni aun la ordenanza de su padre respetaba el niño Espronceda, cuyo carácter aventurero y cuya voluntad enérgica asimilábase todos los elementos anárquicos de aquel medio en que su generación vivía, hasta el punto de haber contribuido á la formación de la sociedad secreta *los Numantinos*, cuando no contaba aún la edad necesaria para alistarse en el batallón de niños de la Milicia nacional. ¡Conciliábulo terrible! Los futuros autores de *El diablo mundo* y *El hombre de mundo* fueron las piedras fundamentales, y redactó el reglamento otro rapaz más práctico y organizador,

que se llamaba Patricio de la Escosura, que andando el tiempo, ¡cosa extraña en otro impenitente revolucionario!, también reglamentó la Guardia civil. Eran doce los *Numantinos*, casi todos estudiantes del colegio de San Mateo, que D. Alberto Lista dirigía, y las juntas se celebraban unas veces al aire libre en la pradera del Canal, otras veces en una cueva del cerrillo de San Blas, debajo del Observatorio astronómico — acaso la misma cuyo reciente hundimiento ha costado la vida á algunos mendigos, — y por último en un sótano, cuando á los guardas del Retiro se hicieron sospechosos con tanto ir y venir, perorando y gesticulando, aquellos imberbes conspiradores. Porque conspiraban y muy en serio, tanto que el 10 de noviembre de 1823, tres días después del suplicio de Riego, juraron vengarle y *matar al tirano*, en sesión solemne, tras sendos fulminantes discursos de Espronceda y Ventura de la Vega. El acta de esta sesión de los *Numantinos*, así como el juramento que firmaron todos, sirvió de prueba contra socios y sociedad, cuando al año siguiente los delató el único hombre barbado que había en ella. Sentenciado á encierro por cinco años en un corregimiento de Guadalajara, contaba entonces el poeta extremeño quince de edad.

A este encierro se atribuyen sus primeras inspiraciones; pero es inverosímil que quien tan pronto y tan al unísono pecaba con Vega y Escosura por lo revolucionario, no pecase también por lo poético; que sobre ser la tal enfermedad contagiosa de suyo, es el único lazo entre corazones juveniles que á las mudanzas del tiempo y á las vicisitudes de la vida suele resistir inquebrantable. De todos modos, si de Guadalajara trajo los fragmentos del *Pelayo*, y si D. Alberto Lista los ponderó, corrigió y aun adicionó, como se escribe en sus biografías, no hay duda que el poeta se aventajaba en precocidad al mismo revolucionario, porque el encierro duró poco, merced á novelescas ocurrencias, y el conspirador siguió impertérrito buscando persecuciones y cárceles, que no le faltaron ciertamente, como era de esperar en tales circunstancias. A una de caballo tuvo que salir de Madrid por su complicidad en una conspiración militar que no puede ser humanamente la fraguada en Badajoz, como indica el autor de *Espronceda, su tiempo y su vida*, porque nos consta su fecha con exactitud por el libro de D. Vicente de Lafuente *Historia de las sociedades secretas*, donde se inserta el voto particular de Calomarde acerca de la sentencia dictada en este proceso, mientras por confesión del poeta consta asimismo que *contaba apenas diecisiete años* cuando huyó á Gibraltar y de allí á Lisboa por sus *instintos de ver mundo*. El artículo en que refiere este viaje, por su frescura, por su originalidad y por su naturalismo es la mejor página que escribió en prosa, y puede figurar entre las más célebres andanzas y navegaciones, incluso las de D. Antonio de Guevara y el capitán Eugenio de Salazar. La carta de este último la conocía Espronceda indudablemente, que por ser ella modelo rarísimo de literatura picaresca, acredita los vastos conocimientos que en tan corta edad atesoraba, principalmente de filosofía y humanidades, pues de las ciencias y sobre todo de las matemáticas había huído como de la peste.

Quando al desembarcar en Lisboa tiró al Tajo, como es sabido y él mismo lo refiere, las dos únicas pesetas que le quedaban, por *no entrar en tan gran capital con tan poco dinero*, ni por mientes le pasaban á Espronceda las dos cosas gravísimas que le esperaban allí, y que enlazadas por una fatalidad implacable habían de enaltecer su genio poético, á costa de la paz de su alma y de su misma existencia. Estas dos cosas eran la cárcel y el amor. El niño revolucionario tropezaba al fin con los grandes peligros de los hombres. Para los de genio es quizás una prisión el mejor gabinete de estudio, como lo prueban Ovidio, Cervantes, Silvio Pellico y tantos otros; y en cuanto al amor, caja de Pandora que tantos elementos de bien como de mal encierra, la soledad y el apartamiento del mundo por tal manera lo embravecen y agigantan, que se hace señor de todas las potencias y facultades, y tirano de las únicas grandes pasiones

que á luchar con él se atreven, la ambición y la sed de gloria.

El rey de Portugal accedió á las pretensiones del de España, y presos en una noche todos los emigrados liberales, el fugitivo de Gibraltar cayó entre ellos.

Visitaba diariamente á un coronel revolucionario de los encerrados en el castillo de San Jorge una hija de quince años que tenía, la hermosa y dulce Teresa, rayo de sol que iluminaba aquel antro de dolores, y al poeta, abismado en sus estudios, debía de parecerle encarnación de su musa, carne de aquel ideal que sus vigiliadas acompañaba. Ya está dicho todo. El ideal se hizo carne, sazónada con la sublime, pero fúnebre poesía de las cadenas y los calabozos. Separa á los amantes poco después la traslación á Inglaterra de algunos emigrados, entre ellos el padre de Teresa, y cuando tras largos padecimientos y amarguras del poeta vuelven á reunirse en Londres, Teresa está casada..., pero no perdida para él, ni para la desventura de ambos.

Esta situación psicológica explica el giro que tomó el genio de Espronceda. Entre las brumas del Támesis, arrastrando cadenas más pesadas que las de Lis-

imaginarse, pero no referirse, llevaron á Espronceda y Teresa á París, á correr maritalmente las aventuras de los emigrados y los conspiradores. Aunque no comieran el pan negro de estos infelices, porque la familia del poeta estaba sacrificándole su escaso patrimonio, muchas veces lo mojaron con lágrimas, y el lazo que los unía tuvo más de áspero que de suave, como acaso la desesperación hizo más que el liberalismo para llevar á las barricadas de Julio de 1830 al romántico emigrado español, que en las revueltas calles de París suspiraba por la relativa tranquilidad de Londres, como en Londres había suspirado por la mortífera calma de su calabozo de Lisboa. La agitación de su espíritu era ya fiebre, y el estado político de Europa se la aumentaba en los conciliábulos secretos de aquella emigración cosmopolita que tenía á Francia por cuartel general. Proyéctase una especie de cruzada para arrancar la Polonia de las garras de Rusia y Prusia, y Espronceda está allí para alistarse el primero, quizás recordando que Byron también había luchado por la independencia de Grecia, si bien al poeta extremeño le tira más su propia patria, y cree de mayor urgencia librarla de la tiranía del rey

en la paz de los sepulcros creol.» pinta el estado de un alma que da miedo estudiar. A las veces parecía aturdido, á las veces desesperado, ya calavera, ya filósofo. En cuanto suena por las calles el toque de generala, y suena á menudo en el Madrid de 1835 á 40, él corre á sublevar la compañía de Milicia nacional en que es teniente; en cuanto se funda un periódico revolucionario, él se mete en la redacción y lanza los escritos más furibundos; hay que conspirar, y viaja y pasa ríos á nado, aunque ya su salud está hartamente quebrantada, y también las noches en vela leyendo ó escribiendo, y los días galanteando ó disputando, infatigable y enérgico unas veces, anheloso y jadeante otras, como aquel que no ajusta bien sus fuerzas físicas con las aspiraciones de su espíritu, y gasta unas y otras inconscientemente y á su antojo, cayendo al fin consumido en el propio fuego que aviva...

Teresa también estaba en Madrid por desventura de ambos, acaso más gastada que Espronceda, con menos rescoldo entre aquella ceniza; pero exigente, mundana, artera y en la plenitud de su hermosura y de sus pasiones. Recuerdan dos contemporáneos con dolor é indican con misterio tristes escenas de un



UN MERCADO DE PARÍS, cuadro de L. A. Lhermitte (Salón de París, 1895)

boa, porque la libertad material del emigrado sólo servía para agravar los desórdenes del galanteador ilícito, envilecido el ideal que iluminaba su romántica prisión de la fortaleza de San Jorge, héroe unas veces de amorosas aventuras, traidor de melodrama otras, su carácter, sus pasiones, sus modos de ser y de sentir, sufrieron una transformación tanto más radical y peligrosa, cuanto que su naturaleza física, no muy robusta en verdad, estaba también sufriendo á la sazón la no menos grave del niño que pasa á hombre. Compensación única de este batallar de elementos contrapuestos, el estudio constante y afanoso que apacientaba su espíritu y en sus vigiliadas calmaba un tanto sus pasiones desordenadas, producíanle otra crisis intelectual no menos febril y devoradora. Por eso fué Byron su poeta favorito, y el desencanto y la amargura sus fuentes de inspiración. Por eso, de los filósofos escoceses, entonces tan en boga, se asimiló el desdén y la indiferencia hacia las verdades religiosas, prefiriendo los problemas metafísicos.

Sin embargo, todavía en su elegía *A la Patria* influyen más en el joven extremeño los profetas y los clásicos que la literatura y el clima de Inglaterra, y todavía en Londres prefiere la *Jerusalén* del Taso á la *Henriada* de Voltaire. Su hermosa organización lucha contra los elementos deletéreos que la están minando.

Los acontecimientos políticos que se precipitan, y no pocos de carácter íntimo y terrible que pueden

ingrato. Entre los bandos que dividen á la emigración española, él está afiliado en el más díscolo, en el más ingobernable, en el más pronto á correr temerarias aventuras, y en efecto, entra en España en octubre de 1830 con el coronel de Pablo, llamado *Chapalangarra* por los guerrilleros de la guerra de la Independencia, y un centenar de desesperados, que huyen ó caen muertos, como su jefe, al primer encuentro con los realistas de Fernando VII. Dejado aparte el valor personal, que lució grandemente, más que sus primeros estudios militares mostró Espronceda en este caso los poéticos, dedicando á la muerte de su amigo *Chapalangarra* una preciosa composición de románticos y originales rasgos, con perfumes de helenismo y aires de balada inglesa.

Antes que sus propios y estériles esfuerzos, el casamiento de Fernando VII con María Cristina abrió al fin á los liberales las puertas de la patria, y aunque no fué de los primeros en aprovecharse de las repetidas amnistías, Espronceda pudo al fin abrazar á sus ancianos padres y aun proporcionarles el consuelo de verle guardia de Corps..., de donde iba á ser arrojado muy pronto por una sátira contra el ministerio Cea Bermúdez.

Entramos ya en el período más crítico del revolucionario y más fecundo del poeta. Por desgracia fué también el último de su vida. ¿Presentíalo quizás él mismo, y se afanaba por amontonar hechos estupendos que precipitasen el desenlace? ¿Quién sabe! «¡Sólo

drama que corría desbocado al desenlace, en que figuran no pocos amigos del poeta haciendo papeles que á éste correspondían y él desdeñaba, un ser inocente que viene al mundo reclamando un nombre y un hogar que no encuentra en los primeros momentos, episodios políticos terribles, conspiraciones, hambre, desesperación, y en el fragor de esta lucha titánica, un genio poético alcanzando su plenitud y llegando á las cumbres de la celebridad, física y moralmente hecho pedazos. ¡Contraste ilógico y absurdo, á primera vista, de que la historia del genio ofrece abundosos ejemplares! En los períodos más críticos de su vida escribieron sus obras maestras Fray Luis de León, Quevedo, Cervantes, Milton, y casi en nuestros días Byron, con quien el poeta extremeño tiene indudables semejanzas, no ya de carácter estético, sino personal. Sus *Poesías* y los dos primeros cantos de *El diablo mundo* fueron como relámpagos de aquella tempestad. La muerte de Teresa, cuando ya sus lazos estaban rotos y fríos como el hielo sus corazones, no ya fué el trueno ni el rayo, sino la sacudida del árbol que al secarse la hiedra que á par que le ahogaba le embellecía, ve desnudo su tronco y retorcido y próximo á secarse también. ¿Y el *Canto á Teresa*, se nos dirá, una de las elegías más hondas y sentidas que existen en castellano? Aquel canto no fué el funeral de la amada de Espronceda, fué el de su propio corazón pedazos hecho.

Oímos esta especie que parece paradoja á la ancian-



UNA FÁBULA DE LAFONTAINE, cuadro de E. B. Debat Ponsan (Salón de París. 1895)

na madre de otro gran poeta de aquel tiempo, muy desgraciado también, la cual nos refirió como justificante, que habiéndole Teresa pedido un socorro en sus últimos días, le contestó el poeta fieramente:

«¿Como quieres que te dé un duro, si sólo tengo esta onza?»

Y le enseñaba aquella moneda... hoy legendaria.

La conciencia de su propio valer, elevada ya al orgullo, no consintió que la mujer por quien había hecho tantas locuras cayese anónima en la fosa. Era

preciso inmortalizarla, asociándola a *El diablo mundo*, cuya celebridad nunca fué dudosa para sus amigos ni para él; pero inmortalizarla, no por mujer, sino por musa de tal hombre.

En aquellos días de exasperación política exacerbada por sus torturas morales y sus padecimientos físicos, que visiblemente iban a cortar su vida en flor, es decir, entre 1838 y 1840, dió algunas pruebas exageradas y aun contraproducentes de esta vanidad literaria. Grande amigo suyo era un crítico que examinando sus *Poesías* en el *Semanario pintoresco*, se atrevió a decirle, a propósito del segundo verso del *Himno al Sol*:

extático ante tí me atrevo a hablarte...

— Querido Pepe, son muchas sinalefas y muchas tes.

A lo cual replicó el poeta inmediatamente desde la misma cama donde yacía, entre otras puerilidades: — ¿Te atreves tú a tirarme tales tiros?

Aunque el crítico era en verdad medianillo poeta, Espronceda se ponía así con su rebuscada reincidencia dos veces a su nivel. No menos pueril fué la cau-

sa de su rabiosa inquina contra el conde de Toreno, pues aunque por serle Byron familiar dudase de la originalidad del poeta español, no hubiera tardado en hacer justicia a su indudable mérito hombre tan literato como el autor de la *Historia de la guerra de la Independencia*.



¡RETRASADO!, cuadro de V. Chevilliard (Salón de París. 1895)

Antes que de su espíritu pudieron estas debilidades ser hijas de sus padecimientos, que debían de exasperarse con sus mismos triunfos literarios y su difícil situación política y social. La muerte de su ma-



LA ESCUELA DE LA MISERIA, cuadro de P. M. Beyle (Salón de París. 1895)

dre, que bien que mal sostenía los escasos restos de un caudal siempre exiguo y continuamente mermado por aventuras y emigraciones, coincidió con la ineficacia de los baños de Archena para su principal enfermedad y con su elección de diputado, que únicamente pudo aprovechar para declararse republicano. ¡Fecunda y malograda juventud, que nunca llorará bastante la posteridad! ¡Desgraciado poeta y hombre más desgraciado todavía! A nacer en otro tiempo, quizás no hubiera habido pedestal para su gloria.

V. BARRANTES

LOS SALONES DE PARÍS EN 1895

Al ocuparnos en los números 699 y 700 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de los Salones de París del presente año, dimos una idea general de los cuadros más notables en ellos expuestos, idea general que hoy ampliaremos respecto de los que en el presente número reproducimos.

En *Un mercado de París*, el artista M. Lhermitte ha amontonado en pintoresca confusión todos los tipos, todas las fisonomías, todos los objetos que constituyen diariamente el espectáculo de uno de esos mercados centrales de la gran capital en las primeras horas de la mañana, es decir, cuando el bullicio de la contratación se halla en su mayor efervescencia. Entre las figuras de este cuadro está la del autor del mismo, el caballero con sombrero de copa colocado a la derecha delante de la reja. Este lienzo, de ejecución intachable, desafa en punto a dibujo y a color toda crítica: es un modelo en su género.

Debat-Ponsan es un pintor que conoce a fondo todos los recursos del arte: compone las escenas rústicas con gusto y las ejecuta con indiscutible vigor. En su cuadro *Una fábula de Lafontaine (Los dos gallos)* ha puesto un sentimiento dramático de primera fuerza y una impetuosidad de movimiento que se sale de lo vulgar, dando forma viva y real a uno de los geniales apólogos del gran fabulista francés.

Chevilliard, autor de *¡Retrasado!*, se ha dedicado al estudio de los curas, especialmente de los curas de aldea: el de este cuadro ha sido invitado a comer en la quinta de la que un tiempo fué familia señorial del pueblo; retrasado por causa de la lluvia, apresura el paso para recuperar el tiempo perdido y evitar en lo posible la reprobación que entre burlas y veras no dejarán de echarle los anfitriones.

Beyle se interesa por la existencia aventurera de los saltimbanquis que recorren las ferias de los pueblos, pero lo ve por el lado triste y quizás se exagera esta tristeza: *La escuela de la miseria* ha titulado su cuadro, y a poco que uno se fije en los personajes que en él ha colocado, verá que ni por su aspecto ni por sus trajes son tan miserables como el pintor ha querido suponer dando al lienzo el título que lleva. Aparte de esto, que no puede ser considerado como un defecto, el cuadro tiene bellezas de primer orden, resultando una composición sumamente agradable y digna de llamar la atención.

Brispot es de los más delicados pintores de género franceses: su principal cualidad es tratar los asuntos con cierta sencillez maliciosa, apoyada en una observación justa, huyendo de toda sutilidad. Su cuadro *En la barbería* no necesita explicación: todos los que hayan pasado una temporada en un pueblo cualquiera, habrán presenciado en las mañanas de los días de fiesta una escena parecida a la que con tanta verdad reproduce el lienzo que copiamos, y apreciarán en todo su valor la naturalidad que campea en la composición, así en las figuras como en los más insignificantes detalles accesorios.

Enrique Cain, que cultiva casi con tanto éxito como la pintura la poesía, según lo prueba el libreto

que escribió para la última obra musical de Benjamín Godard, *La Vivandiere*, se inspira para sus cuadros en la vida contemporánea, al revés de su hermano Jorge, dedicado preferentemente a las reconstituciones históricas: como muestra de la bondad de sus producciones en el género que cultiva, puede verse *Una agencia de teatros*, cuyas figuras perfectamente

Mauricio Orange, aficionado a los asuntos históricos, nos presenta en su *Bonaparte en Egipto* al gran conquistador en presencia de la momia de un faraón que han desenterrado los arqueólogos que de aquella memorable expedición formaron parte. Rodeado de su estado mayor y de los sabios que le acompañaban, Napoleón contempla meditabundo la momia, y por su expresión se adivinan los pensamientos que debieron cruzar por su mente al considerar cómo en polvo y podredumbre se convierten las mayores grandezas. El paisaje en que la escena se desarrolla tiene toda la luz y la grandiosidad del país de las Pirámides.

Julio Girardet ha conseguido en la pintura anecdótica muchos triunfos, debidos al gusto con que elige los asuntos, a la habilidad con que dispone sus composiciones y a la viveza del color que pone en sus lienzos: sabe la influencia que sobre nosotros ejercen los trajes y costumbres de otros tiempos, y a ellos acude para deleitarnos con cuadros como *Un bautizo en tiempo del Directorio*.

Chartier en su *Murat en la batalla de Jena (1807)* ha sabido dar a este episodio del memorable combate toda la grandiosidad que el asunto requería: habiéndose entablado la acción entre el cuerpo de ejército del mariscal Ney y el ejército prusiano que mandaba el príncipe de Hohenlohe. Napoleón, que había acudido al oír el cañoneo, lanzó contra los prusianos a Augereau por un lado y a Soult por otro, que pusieron en fuga al enemigo: Murat

completó la derrota, precipitándose al frente de la numerosa caballería sobre las dos brigadas de refuerzo que el general Ruchel enviaba al príncipe prusiano, y contribuyendo con ello poderosamente a una de las principales victorias de los ejércitos napoleónicos, en la que el enemigo tuvo 12.000 muertos y 15.000 prisioneros y perdió 200 cañones.

Jorge Cain, como antes hemos dicho, evoca en sus cuadros las escenas de pasados tiempos, que reproduce con fidelidad suma y en cuya elección da muestras de su buen gusto. *El parte de la victoria* nos transporta a la época del Directorio, en 1797, cuando Napoleón combatía victoriosamente en Italia: los partes que anuncian sus triunfos son en todas las poblaciones acogidos con delirante entusiasmo; las gentes agrúpanse delante de los impresos fijados en las esquinas de las calles, y mientras los chiquillos vocean el extraordinario del periódico oficial, los vecinos adornan los balcones con guirlandas y banderas. En el lienzo de Cain se ve todo esto, y al contemplarlo el espectador se identifica con aquel grupo de patriotas y llega a sentir con ellos ese estremecimiento que aun en los corazones menos sensibles producen las noticias favorables al ejército nacional que en lejanas tierras lucha por el honor y la grandeza de la patria. — X.

LATAS... Á DOMICILIO

(HISTORIA LASTIMOSA)

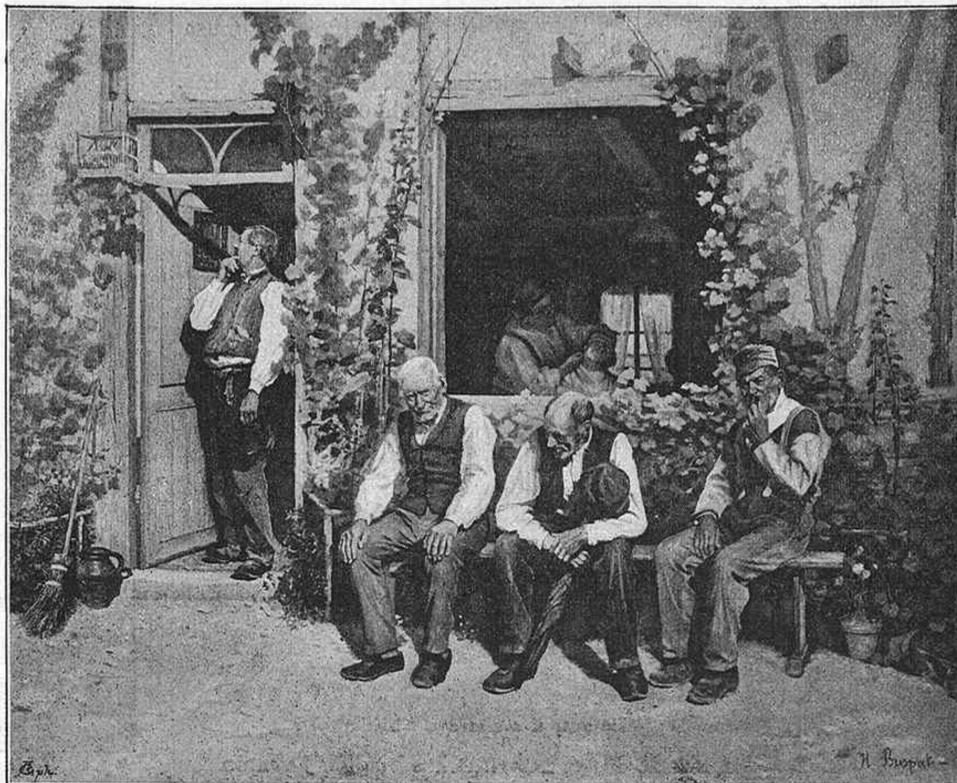
Ya sé que a Cánovas del Castillo no le gusta que se diga *lata*, ni *luterero*, ni *latamente*, etc., en el sentido que ahora suele dar el vulgo a esos vocablos; porque, dice él, vamos, D. Antonio, que no tiene por costumbre recoger en el arroyo las acepciones de las palabras.

Y puede que tenga razón, y que haga perfectamente en eso.

Sé también que la *Academia Española* no ha dado todavía carta de naturaleza a esas dicciones, que ya emplean todos...; aunque de matute, si así puede decirse — que sí se puede.

Pero ¿qué obligación tenemos los profanos de acatar esos ukases de la corporación doctísima, cuando los mismos iniciados, los propios académicos los desacatan y menosprecian?

Sin ir más lejos, ahí está, ó allí, ó donde esté, el



EN LA BARBERÍA, cuadro de H. Brispot (Salón de París. 1895)

observadas y ejecutadas con gusto y delicadeza exquisitos, son reproducción exacta de algunos de los tipos que frecuentan las antecámaras de los agentes teatrales.

Sedición en Pavía representa uno de los episodios de la campaña de Napoleón I en Italia: la ciudad lombarda se ha sublevado y Napoleón ordena que la población sea pasada a sangre y fuego; los magistrados y el clero, aterrorizados, preséntanse en súplica al vencedor, el cual les recibe con altanera frialdad, aunque al fin cede a los ruegos y suspende la orden de incendio que acaba de dar. Tal es la escena con-



UNA AGENCIA DE TEATROS, cuadro de Enrique Cain (Salón de París. 1895)

movedora que con admirable vigor dramático ha pintado Boutigny, uno de los artistas que con más éxito cultivan en Francia la pintura militar.

La oración antes de la partida es un cuadro lleno de sentimiento, en el cual Deneulin ha reproducido una piadosa costumbre de los pescadores bretones, la de implorar ante la imagen del Crucificado que se alza en la playa, la protección del cielo para los que se disponen a buscar en el mar el sustento de sus familias.



SEDICIÓN EN PAVÍA, cuadro de E. Boutigny (Salón de París. 1895)

Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal, que emplea, cuando bien le parece, la palabra *monismo*, no admitida en el Diccionario; y lo que es peor y lo que es más grave, hace uso en obras de carácter literario de la dicción *avalancha*, anatematizada terminantemente como barbarismo en la Gramática de la Lengua Castellana (edición de 1883, página 278, línea 22); donde verá el lector curioso que no es *avalancha*, sino *alud*, lo que ha debido decir D. Alejandro. En fin, diga él las cosas como quisiere decir las, y déjenos a los plebeyos de las letras hablar y escribir según nos acomode; que al cabo, el uso, pese a quien pesare, ha sido, es y será en definitiva *jus et norma loquendi*; y el uso, evidentemente generalizado ya, admite y patrocina la palabra *latas* para designar las desdichas que ayer me ocurrieron y que relataré, para saludable advertencia y enseñanza provechosa de vecinos incautos.



LA ORACIÓN ANTES DE LA PARTIDA, cuadro de Deneulin (Salón de París. 1895)

Habíanme anunciado la visita de cierto... sujeto; sujeto muy apreciable y hasta muy apreciado, que debía entregarme algunas pesetas. Pocas, por de contado; pero que, aun siendo pocas, por mi desgracia, veníanme como pedrada en ojo de boticario; - lo mismo que vienen siempre las pesetas a casi todo el mundo.

Esperando la interesante visita, claro está que dí a la doméstica orden terminante de facilitar la entrada en mi despacho a cuantos por mí preguntasen.

Porque es de advertir que el presunto portador de las deseadas pesetas era forastero y no me conocía; ni yo a él, aunque yo, como queda dicho, deseaba *hacer* su conocimiento.

Y ya me tienen ustedes ocupado en emborronar cuartillas para matar el tiempo; pero más preocupado con las pesetas que esperaba, que con las palabras que escribía.

Los minutos se me antojaban horriblemente largos. De trescientos segundos por lo menos.

Por último, la puerta de mi despacho se abre; la criada asoma su estúpida cabeza para gritar: «Señorito, un caballero pregunta por usted.»

- Que pase, respondo, procurando disimular mi regocijo, con afectada entonación de indiferencia digna.

Y detrás de la criada se presenta un caballero muy correctamente vestido, muy simpático y muy atento, que me saluda sonriente y me dice que le perdona si llega con poca oportunidad a molestar. «Para molestar, me dije a mí mismo, siempre es mala ocasión; pero el traer dinero siempre es oportuno.»

Nos hacemos mil cumplidos y dos mil cortesías; le obligo a sentarse; le ruego que deje el sombrero si no prefiere cubrirse, y por fin nos miramos uno a otro; él, como si no supiera por dónde empezar; yo, como esperando que él empiece, y sobre todo que concluya... entregándome las pesetas condescidas.

- Pues nada, me dice por último, vengo a entregar a usted...

- Yo me sonrío como quien está enterado y alargo la mano, en la cual deposita el recién venido, no el dinero, sino una tarjeta de cierto conocido mío, que me recomienda... *la pretensión del dador*. Y me la recomienda con mucho interés y con muy poca ortografía.

Me resigno; procuro poner a mal tiempo buena cara, y suplico, sin sonreírme ya, al visitante que me diga...

- ¿Lo que deseo?, pregunta interrumpiendo, pues muy poca cosa. Es decir, muy poca cosa para usted; para mí un arco de iglesia. Soy autor de comedias, dramaturgo casi, aunque inédito, y quiero distribuir seis obritas, que tengo escritas, entre otros tantos directores. Está claro que si me presento con mis manuscritos no harán ningún caso de mí, que soy completamente desconocido; por eso deseo que usted me dé una carta para el empresario del *Español*; otra para Mario, director de la *Comedia*; otra para Elías, representante de la *Zarzuela*; otra para Lara, y otra para Sinesio, director artístico de *Apolo*. Estoy seguro de que con una cartita de usted, bien puesta y con cariño..., vamos, como usted



UN BAUTIZO EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, cuadro de Julio Girardet (Salón de París. 1895)

sabe ponerlas, seré atendido, porque usted..., ¡oh! ¡usted!..., ¡lo que usted pida!..., ¡lo que usted mande!...

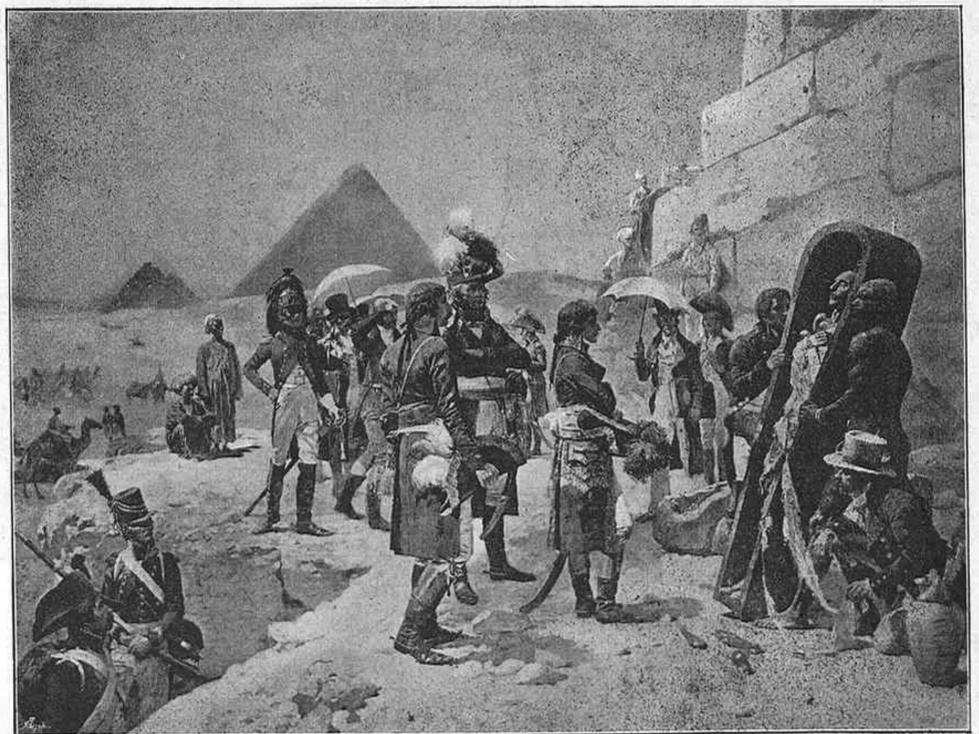
En vano procuro convencerle de que no conozco a esos empresarios, ni ellos a mí, y de que aun conociéndolos mucho, para nada absolutamente servirían mis recomendaciones.

Él continúa sonriéndose con aire de maliciosa incredulidad y me guiña el ojo y prosigue diciendo:

- ¡Oh! Usted... ¡Como usted se empeñe!.. De sobra sabemos todos lo que usted es y que una carta suya...

Y así prosigue hasta que, fatigado yo de oírlo y deseoso de que me deje en paz, sin que haya de recurrir al expediente de echarlo por el balcón, escribo seis cartas, algunas de ellas para personas a quienes no he visto en mi vida, y se las doy enviándole en mi fuero interno a todos los diablos. Y que Dios y él me lo perdonen.

La segunda visita que recibo es la de otro señor, de muy buen aspecto también y perfectamente trajeado, el cual, después de los saludos de ordenanza, saca del bolsillo una lista en que están los nombres de los literatos más notables de España



BONAPARTE EN EGIPTO, cuadro de M. H. Orange (Salón de París. 1895)



UN BAUTIZO Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE JOSÉ GALLEGOS



MURAT EN LA BATALLA DE JENA (1807), cuadro de H. J. G. Chartier (Salón de París, 1895)

é islas adyacentes, y me invita á escribir el mío y á contribuir con mi óbolo á la realización de una obra de caridad en beneficio de no sé qué viuda de no sé qué escritor, residente en no sé qué sitio.

Doy mi óbolo y desaparece el de la lista.

Y después viene otro y me cuenta una historia lamentable, muy lamentable, y larga, muy larga, — y al terminar la relación me pide con lágrimas en los ojos que le facilite veinticinco pesetas, lo cual para mí nada vale (jeso dice!) y para él es la salvación.

Me veo y me deseo para que me deje en paz y se contente con dos pesetas, que es todo el caudal de que puedo desprenderme.

Por supuesto, el que debía traerme las pesetas no vino. Esos no vienen casi nunca.

Díganme ustedes ahora si no estoy en mi derecho llamando á estas visitas, con ó sin permiso de Cánovas y de la Academia, *latas* á domicilio.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

Buenos Aires. Funerales celebrados en memoria de los naufragos del «Reina Regente.»—La noticia del naufragio del «Reina Regente» conmovió profundamente á la numerosa colonia española del Plata. Deseosa de asociarse al duelo patrio, hizo celebrar en la catedral de Buenos Aires suntuosos funerales que, al decir de uno de los principales periódicos de aquel país, fué una grandiosa manifestación de su importancia social y de su número considerable.

La vista que hoy ofrecemos á nuestros lectores representa la salida de la catedral del señor ministro de España. La República Argentina se asoció á nuestro duelo. Doce marineros de la escuadra nacional hicieron la guardia de honor en el interior del templo; enfrente de la Metropolitana se situaron un destacamento del acorazado «Independencia» y el batallón policial con su banda de música (la que saludó á nuestro representante con la marcha real española), y entre la concurrencia se vieron al ministro de la Guerra, á un edecán del señor Presidente, á casi todos los ministros extranjeros, al general Lavalle, Comodoro Urtubey, Auditor de guerra, Dr. Carranza, etc., etc.

Poco antes de comenzarse la triste ceremonia, una chispa que prendió en las gasas que rodeaban el catafalco redujo éste á cenizas, no habiendo afortunadamente desgracia alguna que lamentar.

España, que puede sentirse orgullosa del proceder de sus hijos en el Plata, no debe olvidar las muestras de aprecio que acaba de recibir de la República Argentina, española de corazón, á despecho de escasos elementos discordantes.

Un bautizo á principios del siglo XIX, cuadro de José Gallegos.—Nuestro ilustre compatriota el Sr. Gallegos parece complacerse en amontonar en sus cuadros cuantas dificultades le sugiere su imaginación para darse el gusto de vencerlas una por una, y si las escenas de principios de este siglo tienen para él especial atractivo, quizás sea porque ellas le ofrecen mejor que otras ocasión de demostrar su poco aprecio por los triunfos fáciles. El asunto escogido para el cuadro que hoy reproducimos es de los que más se prestan á esos alardes de talento y habilidad á que tan inclinado se muestra su autor: aquella capilla llena de adornos riquísimos y de objetos los más variados, aquel grupo cuyos personajes visten los trajes más pintorescos, aquellos sacerdotes y monagos que ostentan las más preciosas vestiduras, constituyen otros tantos problemas de composición, de dibujo y de color que el artista ha resuelto con sin igual maestría.

Carolina Miolán-Carvalho.—Recientemente ha fallecido en su quinta de Puys, cerca de Dieppe, una de las más legítimas glorias de la escuela de canto francesa. Carolina Ma-

ría Félix Miolán, nacida en Marsella en 1831, recibió desde muy niña en París lecciones de canto de Francisco Delsarte, obteniendo en 1850 el primer premio en el Conservatorio y debutando aquel mismo año en la Opera Cómica con *La Embajadora*, de Auber. A los dos años logró un éxito inmenso creando *Las bodas de Juanita*, de Víctor Massé, á raíz del cual casó con monsieur Carvalho y entró en el teatro Lírico, en donde á poco consiguió un gran triunfo con la creación de *Fanchonette*. Desde entonces su carrera fué una serie no interrumpida de éxitos, llegando á su apogeo en 1859 con la obra capital que había de ser el mejor título de gloria de la gran artista, el *Faust*, de Gounod. Entre las óperas que cantó maravillosamente la Miolán-Carvalho pueden citarse *El Barbero de Sevilla*, *Don Juan*, *La flauta mágica*, *Freischütz*, *La reina Topacio*, *Las bodas de Figaro* y *Romeo y Julieta*, de Gounod.



EL PARTE DE LA VICTORIA, cuadro de Jorge Cain (Salón de París, 1895)

Lucio Anneo Séneca, estatua de Mateo Inurria Laimosa. (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895).—Nuestro distinguido colaborador Rafael Balsa de la Vega, al emitir su autorizado juicio acerca de las obras que constituían la sección de escultura de la Exposición nacional, dió á conocer el que le merecía la discreta producción del artista cordobés Sr. Inurria. No hemos, pues, de consignar nuevas opiniones, desde el momento que aceptamos las expuestas por nuestro compañero en la revista publicada en el núm. 703 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, invitando á nuestros lectores á que lean cuanto en ella se expresa respecto de la estatua que representa al célebre filósofo cordobés.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—VENECIA.—El pintor veneciano Grosso ha recibido de la emperatriz Isabel de Austria el encargo de pintar un ciclo de cuadros inspirados en las poesías de Enrique Heine. —El rey de Italia ha adquirido en la exposición recientemente celebrada en Venecia doce cuadros de pintores italianos y extranjeros por la suma de 55.000 pesetas.

LONDRES.—Durante el último año la Galería Nacional ha adquirido 38 cuadros procedentes de la galería de lord Northbrook: entre los más notables figuran un Mantegna, un *San Jerónimo* de Antonello da Messina y un antiguo lienzo flamenco, *Leyenda de San Egidio*, por los cuales se han pagado respectivamente 37.500, 62.500 y 50.000 pesetas.

—En vista del éxito que tuvo la exposición de retratos de mujeres hermosas hace poco tiempo verificada, se ha celebrado en la Grafton Gallery otra de retratos de niños que para este objeto han cedido, como en aquélla, sus poseedores. Entre las obras expuestas las hay de Velázquez, Murillo, Van Dyck, Tiziano, Luini, Mabuse, Poussin, Clouet, Rowney, Lawrence y Reynold. Completan esta exposición varias instalaciones de muñecas, libros para niños y trajes de todas las épocas.

—Un neoyorkino ha adquirido en Londres por 270.000 francos un cuadro del famoso paisajista inglés Turner, que representa la plaza de San Marcos de Venecia.

AMBERES.—El gobierno belga ha comprado con destino al Museo de Amberes por 240.000 francos un tríptico de Hans Memling, procedente de España, que representa á Jesucristo rodeado de ángeles. Para esta adquisición algunos belgas amantes de las bellas artes han entregado al gobierno 40.000 francos. El propio museo ha adquirido por 45.000 francos un cuadro de Rubens, *El hijo pródigo*.

PARÍS.—El museo del Louvre ha adquirido por 13.200 francos un retrato pintado por Prudhon que se reputa como una de las mejores obras de este célebre artista.

—En el Salón de los Campos Elíseos se han otorgado las medallas de honor de las secciones de escultura y pintura respectivamente á Bartholdi por su grupo *Suiza acudiendo en auxilio de Estrasburgo* y á Hebert por su cuadro *Sueño del Niño Jesús*.

MUNICH.—La exposición de este verano comprende 807 cuadros al óleo, 127 acuarelas, 76 trabajos de otras artes gráficas y 134 esculturas. Faltan todavía una porción de obras de Inglaterra, Austria y Francia, así como algunos cuadros de Bocklin: además hay una colección de cuadros rusos que aún no han sido colocados. La Asociación libre de Dusseldorf ocupa dos salas, en las que hay exposiciones parciales de obras de Defregger, Lenbach y Delug y de la colonia artística de Worpswed.

La exposición de los secesionistas contiene 354 cuadros al óleo, 58 acuarelas y 23 esculturas: de las secciones extranjeras las mejor representadas son Escocia, Holanda y Francia.

DRESDE.—Un pariente de Overbeck ofrece á la venta los siete famosos cartones que dibujó este gran maestro, uno de los más ilustres románticos de este siglo, representando los siete sacramentos. Overbeck los ejecutó á la edad de 70 años, según croquis por él trazados muchos años antes, con la esperanza de poderlos pintar al fresco en una capilla de la catedral de Orvieto, idea que no pudo realizar por haber resuelto el cabildo conservar los antiguos frescos en aquella capilla existentes. Después debieron servir para unos tapices destinados á la catedral de San Esteban de Viena, mas la guerra de Italia malogró este proyecto. Sirvieron luego de modelo para siete cuadros que pintó Overbeck y que figuran en la Galería nacional de Berlín, y fueron finalmente grabados en madera y publicados en Dresde. El actual poseedor de los cartones, que los heredó del autor, está dispuesto, según parece, á cederlos por un precio moderado.

Teatros.—París.—Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Fidèle*, sentida comedia en un acto de P. Wolf; *Conte de Noel*, bonita leyenda en un acto y en verso de M. Bouchoir, y *L'Amiral*, graciosa comedia en dos actos de J. Normand; en el teatro Libre *Si c'était*, pieza en un acto de P. Lheureux, de carácter simbólico y en extremo vaga, pero al mismo tiempo de un sentimiento profundamente humano; en el teatro des Lettres *L'Apóstata*, poema dramático en un acto y en verso de J. Bertal, de argumento muy atrevido, expuesto con gran sinceridad y vigor; en el teatro de l'Oeuvre *Brand*, drama en cinco actos de Ibsen, que en medio de sus nebulosidades tiene bellezas de primera fuerza que emocionan hondamente al espectador; en el Ambigu *Le train núm. 6*, interesante melodrama en cinco actos y ocho cuadros de G. Marot; y en Folies Dramatiques *Un lycée de jeunes filles*, gracioso vaudeville-opérette de A. Bisson con alegre música de Gregh.

Barcelona.—La compañía dirigida por el Sr. Mario ha terminado sus tareas en el teatro Lírico, habiéndose estrenado últimamente *El amo del cotarro*, bonito drama en tres actos de D. Mariano Vela, y *El nido ajeno*, bellísima comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente: con motivo de su beneficio y despedida de su compañía, tributóse al Sr. Mario una entusiasta y cariñosa ovación, que demostró una vez más la admiración y las muchas simpatías que nuestro público siente hacia el notable actor á quien nadie puede hoy disputar el título de primero de nuestros directores de escena. En Novedades se ha estrenado con éxito extraordinario el precioso drama en cuatro actos y en prosa de D. José de Echegaray *Mancha que limpia*, en cuyo desempeño han obtenido grandes ovaciones María Guerrero, que ha hecho del papel de protagonista una de sus más admirables creaciones, y el Sr. Díaz de Mendoza, que ha conseguido en ella un nuevo triunfo: el drama en tres actos y en verso de Cavestany, *Sofía*, no ha sido del agrado del público,



La célebre tiple francesa Carolina Miolán-Carvalho, recientemente fallecida

á pesar de las bellezas de forma que contiene. El Sr. Díaz de Mendoza escogió para la noche de su beneficio el precioso drama del duque de Rivas *Don Álvaro ó la fuerza del sino*, en cuya ejecución rayó á gran altura, habiendo sido objeto de una ovación entusiasta. En el Tivoli se ha estrenado con buen éxito la zarzuela en tres actos del maestro Chapí *Los monteses*, y se ha reproducido la zarzuela de gran espectáculo *Miss Robinson*, del maestro Audrán.



Él miraba á Blanca con una expresión que me daba gana de ahogarlo

UN BUEN TÍO Y UN BUEN CURA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN DE LA BRETE, PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

TRADUCCIÓN DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO. — ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONCLUSIÓN)

XVII

Esta visita al cura no me hizo más que un bien momentáneo.

El efecto saludable de sus palabras se desvaneció rápidamente, volví á caer en mis ideas tristes, y mi



— Señor cura, usted no sabe lo que es amor

tío, renegando interiormente de las mujeres, las sobrinas, su mala cabeza y sus caprichos, hablaba de conducirnos á París, á Blanca y á mí, para distraerme, cuando, por fortuna, se precipitaron los acontecimientos.

De allí á algunos días, el Sr. de Pavol recibió una carta de un amigo que le pedía permiso para llevar á la quinta á uno de sus primos, un Sr. de Kerveloch, antiguo agregado de embajada.

Mi tío se apresuró á responder que se alegraría mucho de recibir al Sr. de Kerveloch, y le convidó á almorzar, sin figurarse que corría al encuentro del acontecimiento que, destruyendo su ensueño, debía resucitarme á la alegría y á la esperanza.

Dos días después — tengo buenas razones para acordarme eternamente de aquel día famoso, — dos días después hacía un tiempo horrible.

Según nuestra costumbre, estábamos reunidos en la sala. Blanca, sentada, pensativa, cerca del fuego, respondía con monosílabos al Sr. de Conprat. Este terco enamorado, no habiendo podido soportar su destierro, había vuelto al Pavol después de cuarenta y ocho horas. Mi tío leía un periódico, y yo me había refugiado en el rincón de una ventana.

Unas veces trabajaba con un ardor nervioso, porque tenía pasión por los trabajos de aguja; otras veces miraba el cielo negro, la lluvia que caía sin interrupción; escuchaba bramar el viento, ese viento de no-

viembre que llora de un modo tan lamentable, y me sentía fatigada, triste, sin el menor presentimiento halagüeño, aunque en el mismo momento la felicidad venía hacia mí al trote precipitado de dos hermosos caballos.

De minuto en minuto y á hurtadillas echaba una mirada á Pablo. Él miraba á Blanca con una expresión que me daba gana de ahogarlo.

— ¡Qué aire tan estúpido tiene, me decía yo, con sus grandes ojos abiertos, fijos, que parecen de un idiota! Sí, pero si yo estuviese en lugar de Blanca, si él me contemplase de la misma manera, yo lo hallaría hermoso, más seductor que nunca. ¡Oh tontería, oh inconsecuencia humana!

Y yo hincé la aguja con tanta rabia que se rompió de un golpe.

En aquel instante oímos el ruido de un coche que se acercaba á la quinta. Mi tío dobló el periódico, Juno levantó la cabeza diciendo «Una visita,» y algunos segundos después estaban entre nosotros el amigo de mi tío y su agregado de embajada.

No sé por qué ese título era inseparable, en mi imaginación, de la vejez y de la calvicie. Sin embargo, no solamente el Sr. de Kerveloch no era ni viejo ni calvo, sino que, excepto Francisco I, según su retrato, yo no había visto jamás un hombre tan bello físicamente.

Cuando entró, se me ocurrió que su hermosa cabeza encerraba ideas matrimoniales. Tenía treinta años; su estatura era bastante elevada, para que Pablo, cerca de él, pareciese transformado en pigmeo; su expresión era inteligente, altiva, y tal que nadie á primera ni aun á segunda vista le hubiera otorgado la aureola de la santidad. Bastante frío, pero atento hasta la nimiedad, tenía grandes maneras y una elegancia que subyugaron á Blanca desde luego.

El Sr. de Kerveloch la miró con admiración, y cuando, levantándose para marcharse, le vi de pie cerca de ella, noté con secreta alegría que era imposible ver una pareja más perfecta.

Todos, creo, hicieron la misma observación, y Pablo nos dejó con cara sombría. Juno tocó diez veces seguidas el último pensamiento de Weber ú otra cosa cualquiera tan fastidiosa, indicio en ella de una gran preocupación, mientras mi tío nos miraba á una y á otra con una expresión de inquietud y de burla.

El Sr. de Kerveloch vino á almorzar el día siguiente al Pavol: tres días después pedía la mano de Blanca, y habían pasado dos semanas cuando escribí al cura:

«Mi querido señor cura: el hombre es un pequeño animal, inconstante, caprichoso, una veleta que gira á todos los caprichos de la imaginación y de las circunstancias. Cuando digo el hombre, entiendo hablar de la humanidad entera, porque mi persona es hoy el animal en cuestión.

»Ya no estoy desesperada, ya no tengo gana de morir, mi querido cura. Me parece que el sol ha vuelto á hallar todo su esplendor, que el porvenir me reserva tal vez algunas alegrías, que el universo hace

bien en existir, y que la muerte es la más desconsoladora invención del Creador.

»Blanca se casa, señor cura! Blanca se casa con el conde de Kerveloch! ¡Dios mío, cómo se convienen mutuamente! ¡Y decir que sólo ha faltado un átomo, casi nada, para que aceptase al Sr. de Conprat!.. ¡Un hombre á quien ella no amaba y al cual le echaba en cara que comía demasiado! Comer demasiado... ¿no es absurda esta consideración? ¿Y no es racional el comer mucho cuando se tiene buen apetito? Si me pregunta usted cómo los acontecimientos han cambiado así bruscamente en el Pavol, apenas podrá responderle. Estoy trastornada, y todo lo que puedo decirle es que un día el Sr. de Kerveloch llegó aquí conducido por un amigo de mi tío. Al verle entrar, adiviné que tenía una idea preconcebida y que él agradaría á Blanca, porque reúne todas las cualidades que ésta soñaba para su marido. El señor de Kerveloch la miró como hombre que sabe apreciar la hermosura, y algunos días después solicitaba la honra de casarse con ella, como dicen mi tío y la etiqueta.

»Juno ha salido de su indiferencia habitual para declarar con calor que ningún hombre le había agrado tanto y que rechazaba decididamente al Sr. de Conprat.

»Esto es claro, sencillo, correcto, y desde entonces pienso en las estrellas como antes; suelto la brida á mi imaginación, la dejo correr, correr hasta que no puede más, y bailo en mi cuarto cuando estoy enteramente sola. ¡Ah, mi querido cura! No sé por qué le estimo á usted hoy diez veces más que ordinariamente. Su excelente fisonomía me parece más risueña que nunca, su cariño más afectuoso, más amable, sus cabellos más hermosos.

»Esta mañana he visto los bosques sin hojas, que me parecían frescos y verdes; el cielo gris, que me parecía completamente azul, y de repente me he reconciliado con la imaginación. Toda mi vida me arrepentiré de haberla tratado tan indignamente el otro día. Es una hada, mi querido señor cura, una hada llena de encantos, de poder, de poesía, que al tocar las cosas más feas con su varita de virtudes, las adorna con su propia hermosura.

»¡Cuán inconstante es el pequeño animal! No vuelvo en mí. ¿De qué depende la esperanza, la alegría? ¿De qué sirve el desconsolarse, cuando las cosas se arreglan tan bien sin que uno se mezcle en ellas? Pero ¿por qué estoy tan alegre cuando no hay nada aún decidido respecto de mi porvenir, y cuando reflexiono que no es posible amar dos veces en el curso de su existencia? ¡Qué caos! No hay más que misterios en este mundo, y el alma es un abismo insondable. Creo que alguien, no sé dónde, ha expresado ya este pensamiento, quizás lo he leído ayer mismo; pero yo era muy capaz de decir otro tanto.

»Sin embargo, cuando mi agitación se calma, un pánico irresistible se apodera de mis ideas alegres, y se escapan, huyen, desaparecen, sin que muchas veces pueda volver á recobrarlas!.. ¡Porque, en fin, él la

ama, señor cura, la ama! ¡Qué palabra tan fea, aplicada como la aplico en este momento!

»Me ha dicho usted que no era raro el estar enamorado dos veces en la vida; pero ¿está usted seguro de ello? ¿Está usted bien convencido? El amor atrae el amor, según dicen: si él supiese mi secreto, ¿me amaría tal vez? Usted que es un hombre de buen sentido, señor cura, ¿no cree que los miramientos sociales son estúpidos? ¡Bastaría probablemente una confesión de mi parte para hacer la felicidad de toda mi vida, y he aquí que unas leyes inventadas por algún hombre sin juicio me impiden seguir mi inclinación, revelar mis pensamientos secretos, manifestar mi amor á aquel á quien yo amo! Si he de decir la verdad, yo no sé qué, en el fondo de mi corazón, me obligaría igualmente á guardar silencio, y... ¡cuando yo decía á usted que el alma es un abismo insondable! Mi querido cura, veo una procesión de ideas tristes que se acercan hacia mí. ¡Dios mío, qué mal equilibrado está el hombre!

»Sin duda, las circunstancias modifican las ideas. Mi tío pretende que los imbéciles solos no cambian jamás de opinión; pero ¿el corazón es como la cabeza?

»Ilústreme usted, señor cura.»

Cuando un proyecto estaba decidido, el Sr. de Pavol no buscaba rodeos para ejecutarlo. Partiendo de este principio, resolvió que el casamiento de Blanca tendría lugar el 15 de enero.

La decepción había sido ruda para él; pero tuvo tanto menos la idea de contrariar á su hija, cuanto que conocía mi amor, y que además él era franco, leal, sensato é incapaz de insistir en la realización de un proyecto cuando se trataba de la felicidad de su sobrina.

En cuanto á Pablo, soportó su desgracia con gran valor. Del mismo modo la criaturita que le amaba tan tiernamente, sin que él se lo figurase, no experimentó la menor veleidad de pasión feroz. Certifico que jamás tuvo la idea de envenenar á su rival ni de cortar el cuello en algún bosque solitario y poético.

Cuando vió sus esperanzas destruídas, vino á vernos con el comandante, y tendió la mano á Blanca diciéndole con tono franco y natural:

«Prima mía, no deseo más que tu dicha, y espero que quedaremos buenos amigos.»

Pero este modo de proceder como un héroe de comedia, no le impidió tener un gran disgusto. Sus visitas al Pavol fueron muy raras; cuando le veía le hallaba cambiado moral y físicamente.

Entonces lloraba de nuevo á escondidas, encolerizándose contra él. ¡Hubiera sido tan lógico en amarme, tan racional al ver que nuestras naturalezas se parecían enormemente y que yo le amaba con locura!

Verdaderamente, si los hombres fuesen siempre lógicos, el mundo no iría peor, y la moralidad de las gentes tampoco.

XVIII

El 15 de enero hacía un tiempo soberbio y un frío muy vivo. El campo, cubierto de escarcha, tenía un aspecto admirable. Juno, extremadamente pálida, estaba tan bella con su vestido y adornos blancos que no me cansaba de mirarla. Yo la comparaba con aquella naturaleza fría y espléndida que, adornada de una blancura brillante, parecía haberse puesto de acuerdo con su hermosura.

Después del almuerzo, Juno subió á su cuarto para cambiar de traje, y bajó muy conmovida; nosotros nos abrazamos todos tiernamente, y en camino para Italia!

— ¡Hermoso momento, hermoso momento!, decía yo para mí.

Mis emociones múltiples me habían fatigado y estaba sedienta de soledad. Dejando, pues, á mi tío habérselas con los convidados como le pareciese, tomé un abrigo de pieles y me encaminé hacia un sitio del parque que me gustaba particularmente.

Este parque estaba atravesado por un río estrecho; en cierto punto del espacio que recorría se ensanchaba, formando una cascada que, gracias á varias piedras hábilmente dispuestas, había venido á ser alta y pintoresca. A algunos pasos de la cascada había caído un árbol, el pie en un lado del río, la copa sobre la otra orilla. Olvidado en esta postura y cuando la primavera siguiente mi tío quiso que lo levantasen, observó que la savia se manifestaba por medio de dos ramas vigorosas que brotaban sobre toda la longitud del tronco. Hizo arrojar otro árbol al lado del primero, unir las ramas entre sí, plantar sarmientos que abrazaban los dos troncos, y andando el tiempo, ramas y sarmientos llegaron á ser bastante espesos para que mi tío tuviese un puente rústico y ori-

ginal que podía atravesarse con el solo peligro de enredarse entre las ramas y de caer al río.

Este era el sitio solitario y bastante alejado de la quinta que yo había escogido como teatro de mis meditaciones. Cerca del puente cargado de escarcha me detuve á fin de reflexionar sobre el porvenir y de admirar los enormes témpanos suspendidos en la cascada, que la helada había detenido en su curso.

No sé cuánto tiempo hacía que reflexionaba así, sin cuidarme del frío que me picaba la cara, cuando vi venir hacia mí al objeto de mi ternura, como diría madame Cottin.

Este objeto parecía melancólico y de muy mal



— Comandante, un hombre de honor no tiene más que su palabra

humor. Con un bastón que, en un momento de distracción, acababa de quitar á mi tío, daba golpes enérgicos á los árboles que encontraba al paso, y el polvo blanco que los cubría se esparcía sobre él.

Yo le volvía la espalda á medias; pero es de notoriedad pública que las mujeres tienen ojos por detrás, y no perdí ninguno de sus movimientos.

Llegado cerca de mí, cruzó los brazos, miró la cascada inmóvil, el puente, los árboles y no abrió la boca. Ocupada con una ramita de pinabete que acababa de romper, retenía la respiración, mirándole oblicuamente sin que él lo notase.

— Prima mía...

— ¿Mi primo?

Esperé algunos segundos el fin del discurso; pero viendo que él no continuaba, dí una media vuelta hacia el orador para animarle.

Él frunció las cejas y exclamó con estrépito:

— ¡Tengo gana de levantarme la tapa de los sesos!

— Muy bien, dije con sequedad, iré á su entierro de usted.

Esta contestación le causó tal sorpresa, que dejó caer sus brazos y me miró fijamente.

— ¿No me impedirá usted que me suicide, prima mía?

— No, ciertamente, respondí con tranquilidad. ¿Por qué me mezclaría yo en lo que no me importa? Me gusta la libertad, y si usted tiene gana de dejar este valle de lágrimas, no levantaré un dedo para impedirlo. ¡Que cada uno en esta vida obre como le plazca!

Dicho esto, me puse á estudiar mi ramita de pinabete, mientras mi objeto, desconcertado con mi manera liberal bajo la que consideraba yo su lúgubre proyecto, tenía una expresión de abatimiento.

— Yo creía que me tenía usted un poco de afecto, señorita. ¡La primera vez que usted me vió le parecí tan agradable!

— ¿Qué significa la apreciación de una pobre lugareña, reducida á la sociedad de un cura, de una tía de mal humor y de una cocinera insociable?

— ¿Eso quiere decir que usted me concedió sus simpatías porque yo no era cura y porque mi cara no estaba enteramente tan ajada como la de la señora de Lavalle?

— Lo ha dicho usted, querido primo.

Me miró con furia, torciéndose el bigote con despecho, y tomando el sombrero con mal humor, lo lanzó sobre el puente. ¡Oh, qué bien comprendía yo los movimientos de su alma! Estaba contento, contento de hallar un pretexto para reñir y echarme la culpa de sus decepciones, así como yo había descargado mis amarguras sobre los muñequitos de barro y el infortunado barón Le Maltour.

— Su tía de usted era horrible, señorita, me dijo bruscamemente.

— Mis hermosos ojos eran una compensación, caballero, respondí en el mismo tono.

— ¡Y la bonita mesa, y el bonito cubierto! ¡Todo estaba de través!

— Sí, pero ¡qué pavo! ¡Cómo no murió usted de una indigestión! Yo lo creía firmemente, hasta el momento en que le volví á ver aquí... completamente vivo.

— Sé que es imposible hacer callar á usted, señorita. Sin embargo, no soy un primo insoportable. ¿Qué he hecho á usted?

— Pues nada absolutamente. En prueba de ello le prometo á usted acompañar su cuerpo á su última morada.

— ¡Mi cuerpo!, exclamó él con un estremecimiento penoso. No he muerto aún, señorita. Sepa usted que no me mataré y que parto á Rusia.

— ¡Buen viaje, señor primo!

Él se había alejado, y creyendo que no volvería en mucho tiempo, crucé las manos sumamente abatida, y gruesas lágrimas salieron á mis ojos, cuando le vi volver sobre sus pasos corriendo.

— Veamos, Reina, no nos enfademos ni uno ni otro. ¿Por qué nos enfa...? ¡Pero qué! ¿Llora usted?

— Pensaba en Juno, dije consiguiendo hablar en tono natural.

— Es verdad, querida prima, va usted á estar muy sola. ¿Quiere usted darme la mano?

— Con gusto, Pablo.

¡Ah! No la besó, pero la apretó con melancolía, porque pensaba en una mano más bella que había soñado poseer.

Y partió para no volver.

A pesar del frío, en el cual yo no pensaba, me senté llorando junto al puente, y cuando me inclinaba hacia el río, veía caer mis lágrimas en el hielo.

— ¡Hablar de levantarse la tapa de los sesos, me decía yo, preciso es que la ame prodigiosamente! Bien sé que no lo hará, pero él está probablemente tan enamorado de ella como yo de él, y estoy segura de que no podré jamás olvidarle. Qué tontería es el haberse enamorado de una mujer que le convenía tan poco, mientras cerca de él una pequeña...

— ¿Qué haces ahí, Reina?, me dijo mi tío que se había acercado á mí, sin que yo le hubiese oído andar.

Yo me levanté vivamente, avergonzada de no poder ocultar mi emoción.

— ¿Qué es eso, estamos llorando?

— ¡Qué tontos son los hombres, tío!

— ¡Profunda verdad, sobrina! ¿Es eso lo que hace correr tus lágrimas?

— Pablo tiene gana de levantarse la tapa de los sesos, dije llorando.

— ¿Le crees capaz de llegar á ese extremo?

— No, respondí sonriendo á pesar de mis lágrimas. La violencia es ciertamente incompatible con su manera de ser, pero su idea prueba que...

— Sí, ya lo sé. Su idea prueba que ama á mi hija; pero créeme, la olvidará muy pronto, y cuando vuelva aquí haremos lo posible para que su corazón no se extravíe más.

— ¿Cree usted, pues, tío, que un hombre puede amar dos veces en su vida sin ser un fenómeno?

El Sr. de Pavol me acarició la mejilla mirándome con una conmiseración que se dirigía tanto á mi in-experiencia como á mi pena.

— ¡Pobre sobrina! Los hombres que aman una sola vez en su vida son tan raros como el pico de *Aiguille-Verte*.

— Entonces, tío, ¡el hombre es un villano animal!, dije con convicción.

Pero yo estaba tan contenta como indignada, y no pedía más que aprovecharme de la villanía inherente á la naturaleza humana.

— ¡Sin embargo, Juno es tan hermosa!

— Mira ese puente que tanto te gusta, Reina. Antes que las ramas y las plantas que le cubren hayan reverdecido, Pablo habrá olvidado: antes que las hojas hayan tenido el tiempo de ponerse amarillas y de caer de nuevo, habrá vuelto al Pavol, y...

Él se sonrió de una manera expresiva, después se fué sin acabar la frase, y yo, sumamente sobrecogida, le miré alejarse, pensando que los tíos que predicen así el porvenir con tanto aplomo son verdaderamente seres muy singulares.

— Está muy bien, me dije, tomando lentamente el camino de nuestra casa; pero si su corazón cambia, él puede enamorarse de una mujer en sus viajes. Precisamente se dice que las mujeres rusas son muy bellas... ¡Es necesario enviarle al país de los esquimales

Eché á correr con todas mis fuerzas, y llegué delante de la puerta de la quinta en el momento en que el comandante entraba en un coche.

Le cogí del brazo y le llevé aparte.

- Comandante, ¿Pablo parte á Rusia?

- Sí, su viaje está decidido.

- He pensado..., si quisiera usted que... En fin, sería mejor...

Indudablemente era mucho más difícil de decir que lo que yo había supuesto. Mi orgullo afectaba sus pretensiones y me predicaba el silencio.

- Y bien, querida Reina, hable usted pronto; me quedo helado ahí.

- ¡La resolución está tomada!, exclamé en voz alta dando un golpe en el suelo con el pie.

Mi orgullo y yo saltamos el Rubicón, y dije bajando los ojos:

- Mi querido comandante, suplico á usted que aconseje á Pablo que vaya al país de los esquimales.

- ¿Por qué al país de los esquimales?

- Porque las mujeres de ese país son horrosas, balbuceé, y porque las rusas son muy bellas.

El bueno del comandante me levantó la cara encendida de confusión y me respondió sencillamente:

- Bien, le aconsejaré que vaya al país de los esquimales.

- ¡Cuánto quiero á usted, dije con las lágrimas en los ojos, estrechándole la mano! Pero dígame usted que no permanezca mucho tiempo en las chozas de aquellas buenas gentes, á fin de no contraer alguna enfermedad: parece que hay un olor atroz.

Viendo llegar á mi tío, me escapé diciendo:

- Comandante, un hombre de honor no tiene más que su palabra, cumpla usted la suya.

Y subí á mi alcoba con la convicción muy desagradable de que había ampliamente seguido el ejemplo del gobierno, y de que acababa de hollar todos los principios de la dignidad.

Pero ¿qué importa? Si uno no se ayudara un poco en la vida, ¿cómo podría salir adelante? Esta reflexión hizo callar mis remordimientos. Me instalé en mi papelera y escribí lo siguiente:

«Todo ha concluído, señor cura. Se han casado, han partido felices, enamorados, y yo hubiera dado diez años de mi existencia por estar en lugar de Juno, con el que usted conoce bien. ¿Cuándo me hallaré en ese caso?»

«¿Sabe usted lo que mi tío me ha dicho? Afirma que los hombres que aman una sola vez en su vida son tan raros como el pico de *Aiguille-Verte*. Señor cura, se lo suplico, diga usted su misa mañana para que el Sr. de Conprat no sea el pico de *Aiguille-Verte*.

«Hasta más ver, señor cura, espero que vendrá usted pronto al curato del Pavol.»

XIX

El único acontecimiento del fin del invierno fué efectivamente la instalación del cura en la parroquia del Pavol, y no insistiré sobre la dicha que tuvimos en volver á encontrarnos sin el temor de una próxima separación.

Yo me deleitaba al verle subir al púlpito y predicar con alegría sobre la iniquidad de los hombres. Después llegaba á la quinta, como en otro tiempo al Buissón, con la sotana remangada, el sombrero debajo del brazo y los cabellos al aire.

Nosotros volvimos á continuar nuestras conversaciones, nuestras discusiones y nuestras disputas. El tiempo me parecía muy largo, y las cartas de Juno, que respiraban la felicidad más completa, no eran á propósito para consolarme y hacerme esperar con tranquilidad. Por eso iba sin cesar á ver al cura para

confiarle mis cuidados, mis inquietudes, mis esperanzas y mis rebeliones contra la expectación que estaba obligada á soportar.

Yo sabía que mi objeto no había por desgracia acogido la idea de ir al país de los esquimales. Se paseaba tranquilamente en San Petersburgo, y las bellas señoras eslavas me causaban un miedo terrible.

- ¿Está usted seguro de que no se enamorará de alguna rusa, señor cura?

encantador, con los ojos llenos de aquella expresión que tanto me había agradado en el Buissón.

Ese amor de la soledad se desarrollaba de día en día, y mi melancolía aumentaba en proporción. En fin, perdí poco á poco toda mi locuacidad, y si el señor de Pavol, hacía ya mucho tiempo, no había tomado en serio mi amor, este hecho solo le hubiera probado su profundidad.

Seis meses pasaron así.

Un día, el aniversario de mi llegada al Pavol, estaba sentada en el jardín del presbiterio. Dos horas antes una lluvia tempestuosa había refrescado la atmósfera y regado las flores del cura. Él se divertía en buscar caracoles, mientras que, bajo la influencia de pensamientos agradables, yo apoyaba la cabeza en el muro cerca del cual estaba colocado mi banco y me dejaba dominar por halagüeñas esperanzas. Las gotas de agua, que con su peso hacían que las hojas se encorvasen, turbaban solas, al caer, mis reflexiones, y el olor de la tierra mojada me recordaba las mejores horas de mi vida.

De cuando en cuando el cura me decía:

- ¡Es extraordinario! ¡Cuántos caracoles! ¿Creería usted, Reina, que ya he hallado más de quinientos?

Yo levanté la cabeza negligentemente y contemplé sonriéndome al bueno del cura que continuaba sus investigaciones con ardor. Después volví á mis ilusiones y concluí por quedarme medio dormida.

El crujido de la barrera que cerraba la cerca del jardín me despertó, y el sonido de una voz llena de alegría me causó el más violento estremecimiento que había experimentado en mi vida.

- Buenos días, mi querido señor cura, ¿cómo está usted? ¡Cuánto me alegro de verle! Y Reina, ¿dónde está?

Reina estaba siempre sentada en el mismo sitio, en la imposibilidad de decir una palabra y de hacer un movimiento.

- ¡Ah! Héla ahí, exclamó Pablo acercándose á mí á grandes pasos. Querida prima, ¡cuán feliz soy, Dios mío, cuán feliz soy en volver á ver á usted!

Tomó mi mano y la besó.

Aseguro que lo que pasó en seguida fué independientemente de mi voluntad, y que no deben hacerse suposiciones malévolas respecto de mi persona.

Con todas mis fuerzas, lo afirmo, luché con la tentación; pero cuando sentí sus labios sobre mi mano; cuando comprendí que ese acto no estaba inspirado por una galantería trivial, sino por un sentimiento más profundo; cuando le vi inclinarse hacia mí y mirarme con una expresión inquieta, afectuosa, particular, más embelesadora cien veces que la que tanto me había hecho soñar..., todo eso fué superior á mi energía, y la fatalidad, en la cual creo desde aquel momento, me arrebató y me echó en sus brazos.

Apenas tuve tiempo para sentir el abrazo que respondió á mi entusiasmo. Roja y confusa me refugié en el banco, ocultándome el rostro con las manos, no sin haber entrevisto la cara del cura, cuyo aspecto á la vez estupefacto, asustado, encantado, pareció más tarde entre mis recuerdos.

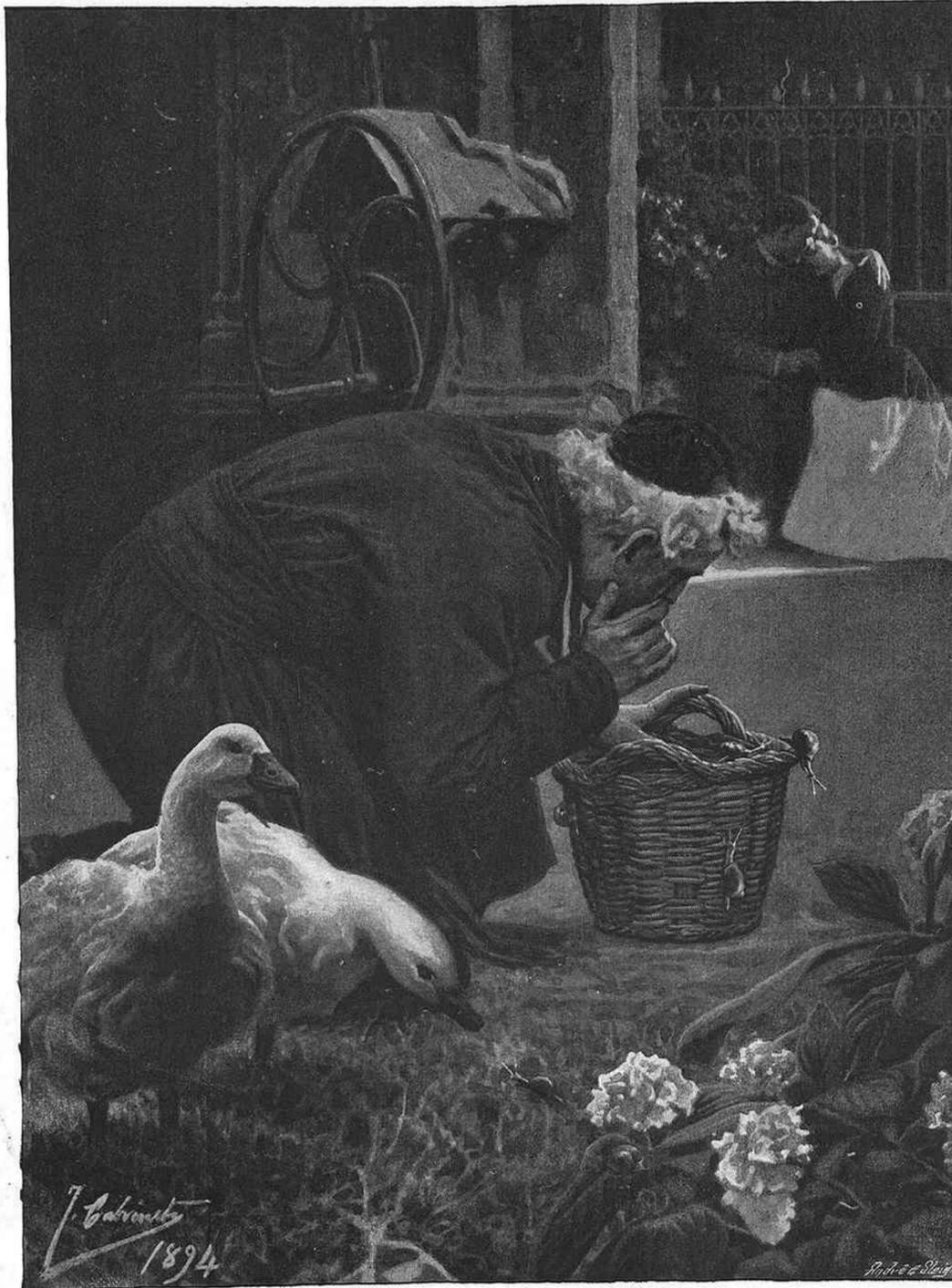
- Querida Reina, murmuró Pablo á mi oído, si yo hubiese sabido su secreto más pronto, no hubiera permanecido tanto tiempo lejos de usted.

No contesté porque estaba llorando.

Él tomó á la fuerza una de mis manos y la retuvo entre las suyas, mientras, acometida de un acceso de timidez, volví la cabeza, intentando retirarla.

- Déjemela usted, esta mano tan pequeña y tan bonita; ahora me pertenece. Vuelva usted la cabeza hacia mí, Reina.

Miré aquellos hermosos ojos que me sonreían, y exclamé:



Y la fatalidad, en la cual creo desde aquel momento, me arrebató y me echó en sus brazos

- Así lo espero, Reina.

- ¡Así lo espero!.. Respóndame usted de una manera más categórica, señor cura. ¿En qué piensa usted? ¡Veamos! No es posible que se enamore de una extranjera; dígame usted que no es posible y que me amaré algún día.

- Lo deseo ardientemente; pero mejor sería que supusiese usted lo contrario y adoptase una resolución.

- Me hará usted morir de impaciencia con su resignación, mi querido cura.

- ¡Ah, qué poco juicio tiene usted, Reina!

- El juicio, en mi opinión, consiste en querer la felicidad. Dígame usted que él me amaré, mi querido cura, se lo ruego.

- Pero ¡si yo no deseo otra cosa, querida Reina!, respondió el cura, que á pesar de su horror por los sufrimientos físicos, hubiera sido muy capaz de seguir el ejemplo de Mucio Scévola y de dejarse quemar la mano derecha, si mi felicidad hubiera dependido de tal sacrificio.

No obstante, á pesar de la alegría que me causaban la presencia y las conversaciones del cura, á pesar de la bondad de mi tío y de todos aquellos que me rodeaban, yo estaba cada día más triste.

Me gustaba recorrer sola las alamedas del bosque. Me gustaba quedarme largas horas junto á la cascada, meditando sobre nuestra última entrevista, pensando en lo que yo haría si le viese aparecer alegre,

Con todas mis fuerzas, lo afirmo, luché con la tentación; pero cuando sentí sus labios sobre mi mano; cuando comprendí que ese acto no estaba inspirado por una galantería trivial, sino por un sentimiento más profundo; cuando le vi inclinarse hacia mí y mirarme con una expresión inquieta, afectuosa, particular, más embelesadora cien veces que la que tanto me había hecho soñar..., todo eso fué superior á mi energía, y la fatalidad, en la cual creo desde aquel momento, me arrebató y me echó en sus brazos.

Apenas tuve tiempo para sentir el abrazo que respondió á mi entusiasmo. Roja y confusa me refugié en el banco, ocultándome el rostro con las manos, no sin haber entrevisto la cara del cura, cuyo aspecto á la vez estupefacto, asustado, encantado, pareció más tarde entre mis recuerdos.

- Querida Reina, murmuró Pablo á mi oído, si yo hubiese sabido su secreto más pronto, no hubiera permanecido tanto tiempo lejos de usted.

No contesté porque estaba llorando.

Él tomó á la fuerza una de mis manos y la retuvo entre las suyas, mientras, acometida de un acceso de timidez, volví la cabeza, intentando retirarla.

- Déjemela usted, esta mano tan pequeña y tan bonita; ahora me pertenece. Vuelva usted la cabeza hacia mí, Reina.

Miré aquellos hermosos ojos que me sonreían, y exclamé:

— ¡Alabado sea Dios! Mi tío tenía razón, no es usted el pico de *l'Aiguille-Verte*.

— ¿El pico de *l'Aiguille-Verte*... me dijo sorprendido.

— Sí, mi tío pretendía... ¡pero no importa! ¿Quién ha dicho á usted lo que ignoraba al partir?

— Mi padre, el Sr. de Pavol, y muchas cosas que he recordado desde hace dos meses.

— ¿Es verdad que el amor atrae el amor?, dije inoportunamente.

— Nada es más cierto, querida prometida.

¡Oh! ¡Qué nombre tan dulce! Sí, éramos prometidos, y guardábamos silencio mientras el cura lloraba de gozo, los gorriones sobre el techo del presbiterio piaban de una manera que aturdían, y los caracoles, escapándose de la prisión donde el cura los había puesto, corrían por todas partes.

Ciertamente, el gorrión no es un pájaro que tiene grandes atractivos; su plumaje es feo, su piar carece de melodía, y varias personas le acusan de ser ladrón é inmoral, lo cual me niego á creer; tampoco creo que los caracoles hayan pasado jamás por animales muy poéticos; no por eso es menos cierto que desde el instante de que acabo de hablar, me gustan en extremo los gorriones y los caracoles.

Yo estaba en el mayor alborozo, creía soñar... No me cansaba de mirarle, de escuchar su voz que tanto me agradaba y de sentir mi mano estrechada por la suya. Sin embargo, á pesar mío, el recuerdo de aquella á quien él había amado venía á mi imaginación y turbaba un poco mi alegría, pero no me atrevía á hablar de ello.

— ¿Mi tío sabe que está usted aquí, Pablo?

— Sí, yo llego del Pavol, y he querido venir completamente solo á ver á usted. Este jardín mojado ¿no le recuerda á usted nada, Reina?

No respondí directamente á su pregunta; solamente le dije:

— Pero usted... ¿Usted ha conservado un mal recuerdo del Buisson?

— ¡Yo, nada de eso! ¡Jamás he pasado una noche tan buena!

— ¡Oh, repuse mirándole con descontento y disimulo, mi tía era horrible!

— No, no tan horrible, un poco vulgar, quizás; mas no por eso dejaba usted de parecer más encantadora.

— ¡Y el cubierto tan mal puesto! ¡Todo estaba al través!

— Nunca he comido tan bien. Aquel interior hacía apreciar á usted como una flor que parece más bonita, más delicada, porque el terreno en que brota es feo é inculto.

— Se ha vuelto usted poeta en el viaje, dije sonriéndome.

— No, querida Reina.

Pasó mi brazo por debajo del suyo y me llevó aparte.

— No, no poeta, sino enamorado de usted, prima mía. Escúcheme usted bien: La amo con toda la sinceridad de mi corazón.

Yo saboreé la dulzura de esta frase y de la mirada que la acompañaba, diciéndome interiormente que era una gran fortuna que los hombres fuesen inconstantes.

Pero este cambio me parecía inaudito, y no pude menos de murmurar:

— ¿Es cierto? ¿No la ama usted ya absolutamente?

— ¿Habría á usted como lo hago, si no fuese así?, replicó con tono serio. ¿No tiene usted confianza en mi lealtad?

— ¡Oh, sí!, dije cruzando las manos por debajo de sus brazos en un arranque afectuoso.

Era verdad, porque, después de su respuesta, la imagen de Blanca no volvió jamás á turbarme. Yo le amaba sinceramente, sin tener ninguna idea de celos, y él merecía esta confianza completa.

— He aquí á mi padre y al Sr. de Pavol que llegan.

— Y bien, Reina, ¿qué te parece mi predicción?

— Es usted poco discreto, tío, dije poniéndome colorada.

— El comandante es quien ha revelado el secreto, Reina; lo sabía hacía mucho tiempo.

— ¡Oh, no, desde hace ocho meses solamente!

— Desde el primer día que la vi á usted, querida nuera.

— ¡Es posible!

— Y Pablo no ha ido al país de los esquimales, repuso mi tío riéndose.

¡Qué gran felicidad es la de vivir entre gentes honradas! Yo experimenté esa dicha al ver con qué satisfacción gozaban todos con mi alegría, con qué delicadeza, y con qué bondad se chanceaban sobre el famoso secreto que, sin figurármelo, había yo misma divulgado.

Entonces comenzó esa época agradabilísima de los desposorios, época excelente, á ninguna otra semejan-

te en la vida. Nada reemplaza á ese tiempo de amor sencillo, de fe, de ilusiones completas y de puerilidades. ¡Ah, cuánto compadezco á aquellos que no han amado nunca así! ¡Cuánto compadezco á aquellos cuya locura arrastra lejos de la opinión común y de los afectos legítimos! Por lo demás, nunca, nunca, cualquiera que sea la elocuencia de las gentes que quieran convencerme, creeré que el amor verdadero pueda existir sin tener la estimación por base principal.

Nosotros pasábamos nuestros días más agradables en el presbiterio, bajo la vigilancia del cura. Le veíamos corretear por su jardín, poner rodrigones á sus plantas, arrancar las malas hierbas y suspender su trabajo para lanzarnos una mirada investigadora á fin de hacernos comprender que era un verdadero mentor.

Nosotros nos mirábamos riendo, porque conocíamos la severidad de nuestro benigno guardián.

Yo me acercaba á este hombre excelente para exasmiarme con él sobre una flor, un arbusto ó un fruto, y le decía:

— Señor cura, ¿se acuerda usted del tiempo en que quería persuadirme de que el amor no era la mejor cosa del mundo?

— ¡Ah! Yo creo que el mismo Bossuet no hubiera podido convencer á usted.

— Pero ¿no tenía yo razón?

— Empiezo á creer que sí, respondió con su franca, su agradable sonrisa.

El día de mi casamiento amaneció radiante para mí. Jamás la bóveda celeste me había parecido más espléndida. Desde entonces me han afirmado que el cielo estaba muy nebuloso, mas no lo creo.

Una multitud simpática se apiñaba en la iglesia. «¡Qué linda es la novia! ¡Qué feliz y tranquila parece!»

Y efectivamente, yo estaba en extremo serena.

Pero ¿por qué había yo de atormentarme? Mi sueño más grato se realizaba, un porvenir de felicidad se abría delante de mí y ni la más ligera inquietud venía á agitarme.

A mi paso vi confusamente á algunas viudas ilustres que se sonreían, y me causó una inmensa lástima el pensar que eran demasiado viejas para casarse.

El órgano resonaba tan alegremente que, en aquel momento, modifiqué un poco mi prevención contra la música. El altar estaba adornado de flores, resplandeciente de luces, y todos los detalles de la ceremonia nupcial, dirigida por el gusto artístico de Juno, encantaban mi vista.

El novio pasó el anillo nupcial á mi dedo con mano poco segura, mordiéndose el bigote para disimular el temblor de sus labios. Estaba mucho más conmovido que yo, y su mirada me decía lo que yo hubiera querido oír que me repetieran eternamente...

Y en verdad en vano se hubiera buscado en la tierra y en todos los demás planetas del universo un semblante tan radiante como el del cura.

TRAD. DE CARLOS DE OCHOA Y MADRAZO

ARDIDES DE LAS SERPIENTES

Un zoólogo humorístico ha dicho: «Todo pueden hacerlo las serpientes menos tragarse un jabalí.» El profesor Huxley, el eminente naturalista inglés recientemente fallecido, expresó de una manera análoga diciendo: «Con excepción del vuelo, los movimientos de las serpientes son ilimitados,» y el doctor Owen ha escrito: «Las serpientes trepan mejor que los monos y nadan mejor que los peces, saltan como un kanguro y contrayendo los músculos y saltando con rapidez cogen los pájaros en el aire.»

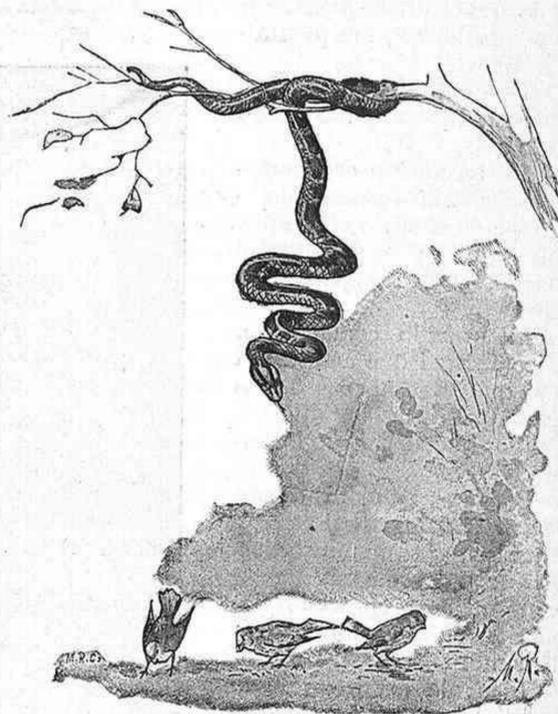
En efecto, su fuerte musculatura, la extraordinaria flexibilidad de su espina dorsal y de todo su esqueleto, permiten á las serpientes ejecutar movimientos tan rápidos como extraños.

En el Jardín Zoológico de Londres hemos tenido ocasión de presenciar algunas pruebas de la habilidad y hasta pudiéramos decir de la reflexión especulativa de las serpientes. Vimos, entre otras cosas, la lucha entre una boa y una serpiente de cascabel que ocupaban la misma jaula: después de un rato de pelea, la boa enroscó su cola al abdomen de su enemiga y el extremo opuesto de su cuerpo por debajo de la cabeza, y estirándose luego de repente, la serpiente de cascabel quedó partida en dos mitades. Esto pasó en menos tiempo del que se necesita para escribirlo.

No menos interesante fué observar la caza dada por una boa á varios gorriones: colgada de la rama de un árbol contemplaba inmóvil unos pajarillos que debajo de ella saltaban, ajenos de todo punto al peligro que les amenazaba, cuando de pronto hizo un movimiento brusco, y el pájaro que estaba en el centro fué enroscado por el reptil, levantado en alto y

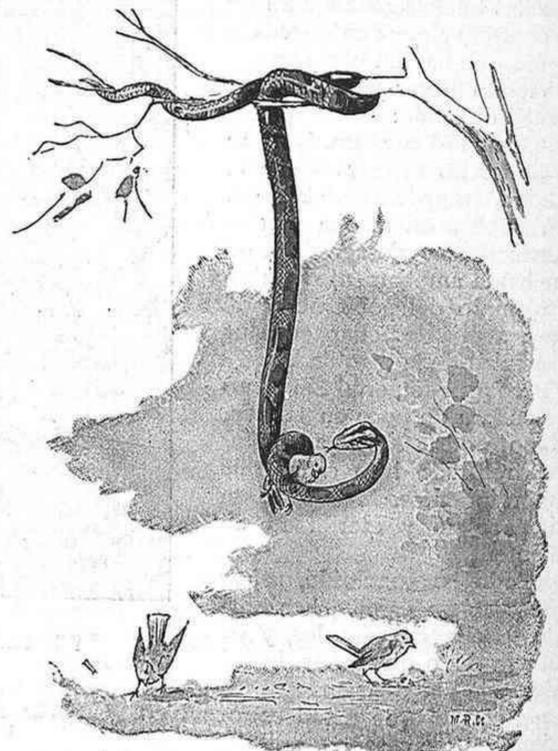
sepultado en un santiamén en el vientre de la serpiente. Tan rápido y silencioso fué el rapto, que los otros dos pajarillos ni siquiera lo advirtieron y continuaron picoteando en la tierra, hasta que sucumbieron en la misma desdichada suerte que su compañero.

En el propio jardín vimos también un ejemplo de insaciabilidad en un *Elaphis quater radiatus*, que



Serpiente boa disponiéndose á coger un pájaro

no contento con la ración de un estornino que diariamente se le servía en el almuerzo, se zampó una mañana tres gorriones, con la particularidad de que



Serpiente boa haciendo presa en un pájaro

á los tres los cogió de una vez: al primero lo cogió con la boca y se lo colocó debajo del cuerpo oprimiéndolo contra el suelo hasta que el infeliz murió; en el entretanto había tenido tiempo y ocasión para enroscar al segundo con el vientre y al tercero con la cola, hecho lo cual se los fué comiendo tranquilamente uno tras otro.

Los grabados que publicamos reproducen esos distintos ardides de las serpientes para hacer por la vida, como vulgarmente se dice. — Z.

LA ARITMOMANIA

En un estudio acerca de los *Estados inconscientes del espíritu humano*, el fisiólogo italiano César Lombroso habla de los calculadores pródigos, estableciendo que son enfermos. Llama su enfermedad *aritmomanía* ó *hipermnesia de los calculadores*. En la mayor parte de ellos, el cálculo se obtiene sin el menor esfuerzo consciente, como en el sueño hipnótico; esta facultad es independiente de la inteligencia, lo que explica que se encuentre á menudo en individuos imbeciles ó de ninguna disposición matemática y que á veces desaparezca con la infancia, sin que el sujeto

conservar memoria alguna de los procedimientos que empleaba.

Bidder tenía una prodigiosa facultad de cálculo: podía encontrar mentalmente los logaritmos de un número de siete u ocho cifras y no podía explicar cómo lo hacía. Conservó esta facultad toda su vida, aunque con decrecimiento en la ancianidad.

Van Rof Utica se distinguía á los seis años por una extraordinaria facultad de cálculo mnemónico; á los ocho años la perdió y no se acordó en adelante de la manera como hacía sus cálculos.

Colburn también perdió pronto esta facultad y durante algunos años se encontró en la imposibilidad de explicar cómo lo hacía antes. Más tarde se acordó y reconoció que era por medios muy sencillos; se le enseñó matemáticas y encontró en ellas grandes dificultades.

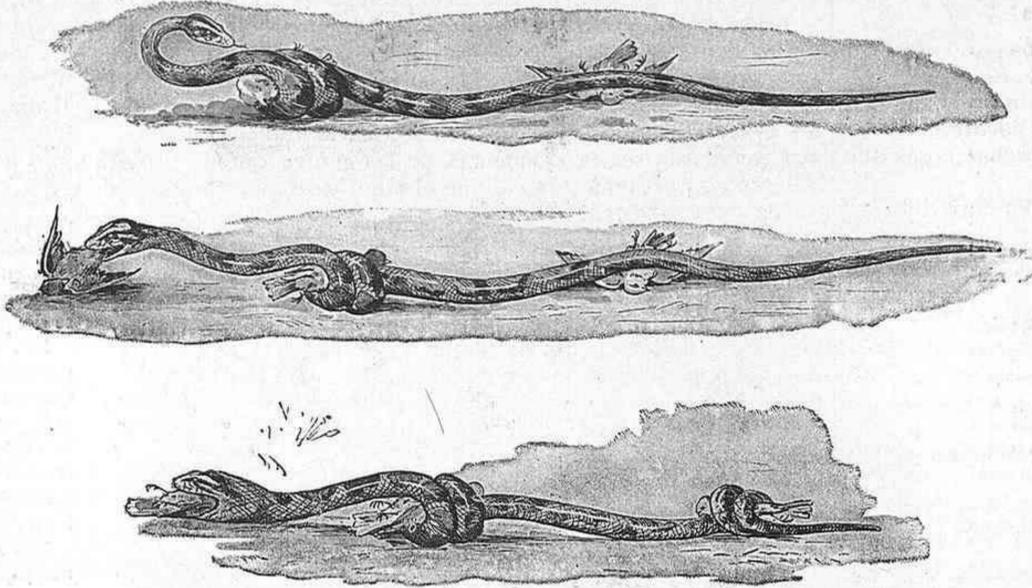
Daso, uno de los raros calculadores de instinto que conservaron esta facultad toda su vida, era muy refractario á los estudios matemáticos: Peterson no pudo conseguir en seis semanas enseñarle un teorema de Euclides.

Mangiamele, un labriego, resolvía á los diez años

problemas que parecían exigir extensos estudios matemáticos y extraña en pocos minutos raíces de siete y ocho cifras; pero le fué necesario suspender de tiempo en tiempo estos ejercicios en los cuales desplegaba una rapidez de intuición prodigiosa; las pulsaciones anormales de la arteria temporal y la inyec-

facultades. Todos en la infancia han experimentado la necesidad continua de calcular. Charcot pretende que la mayor parte son hijos de padres degenerados.

En suma, la aritmomanía es un fenómeno puramente degenerativo, de la especie epiléptica, como el genio.



Serpiente boa cogiendo tres pájaros á la vez

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE UN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Rótulo adjunto en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abalorios, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CYCLES IMPERATOR
 DUGOUR Y C.ª, Constr.
 81, Faubourg, Saint-Denis, en París
 Velocipedos de precisión
 Excelentes neumáticos. Fr. 225
 Catálogo gratis. - Exportación

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C.ª, 102, R. Richelieu, París.

Pildoras y Jarabe DE BLANCARD
 Con loduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA COLORES PÁLIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORS (DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
 El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. **CONTRA EL DOLOR**
 Exíjase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: París, 40, r. Bonaparte.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PECAS (Taches de Rousseur)
 Salvado, pecas, máscara, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos días sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é incomparable **LECHE del D. H. DE SEGRÉ**. Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos París; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA S. JUST, 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.**

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS **JAQUECAS, NEURALGIAS**
 Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, en PARIS
 en MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exíjase en el rótulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOSES EFLORESCENCIAS ROJECES.**
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C.ª B. St-Denis 148

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Frasco: 12 REALES.
 Exíjase en el rótulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del **Agua de Léchelle** en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
 DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

CARNE, HIERRO y QUINA
 El Alimento mas fortificante unido á los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteración de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los órganos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el **Vigor, la Coloración y la Energía vital.**
 Por mayor, en París, en casa de J. FERRE, Farm. 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

EL OLFATO Y EL GUSTO

EN LOS ANIMALES ACUÁTICOS

Unicamente los animales más perfectos, los mamíferos, poseen los sentidos del gusto y del olfato bien desarrollados: la mayoría de las aves carecen del primero porque su lengua endurecida y á menudo enervada es insensible al proceso químico de la degustación.

Un olfato tan fino como el de un perro ventón, que sigue el rastro de su amo á algunas horas de distancia, ó como el de un reno, que husmea al hombre á 500 pasos, no lo encontramos en ninguna otra clase de animales.

Respecto de las especies inferiores del reino animal, sabemos solamente que muchos insectos son atraídos por el perfume de las flores y que muchas moscas y muchos coleópteros lo son por el olor de un cuerpo, en descomposición situado á gran distancia: las antenas, las trompas, los labios inferiores y la lengua parecen ser en ellos residencia de los órganos del olfato y del gusto.

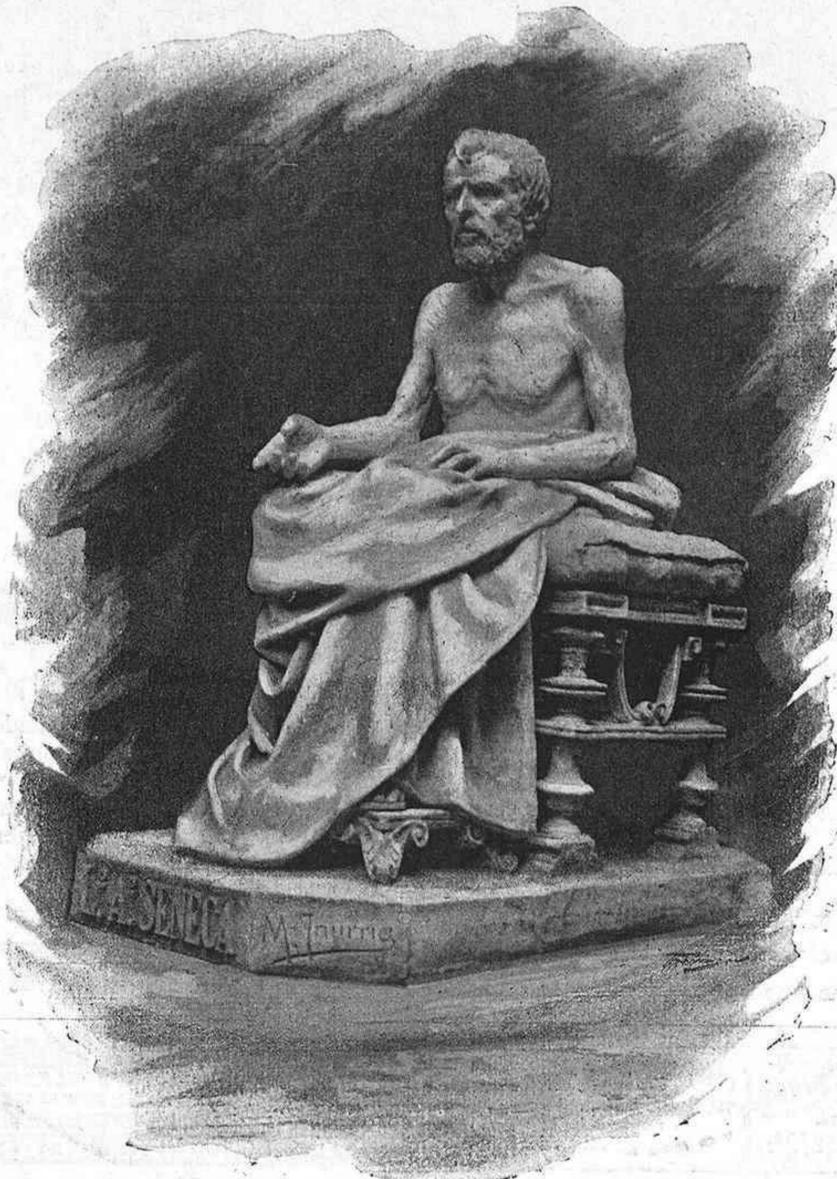
En cuanto á los animales que viven en el agua pueden oler y gustar?

Hasta ahora esta pregunta ha sido contestada negativamente, porque los nervios olfatorios en las especies superiores sólo se excitan con las materias gaseiformes, las cuales no pueden extenderse por el agua ó cuando menos se extienden con mucha lentitud.

Esto no obstante, un alemán, el doctor Nagel, por medio de experimentos minuciosos cuyos resultados se han publicado en la revista *Bibliotheca zoologica*, ha conseguido comprobar en un gran número de animales acuáticos la presencia de los sentidos del gusto y del olfato.

El referido experimentador entiende, empero, que ambos sentidos no están en aquellos animales separados como en las especies superiores, y acepta en ellos un *sentido químico* que corresponde igualmente á los otros dos.

Un coleóptero nadador, el *Dysticus marginalis*, no percibió un pedazo de carne cruda hasta que estuvo á un centímetro de distancia; habiendo puesto cerca de su boca, por medio de pipetas de cristal, una disolución de azúcar ó de jugo de carne, el animal palpó estas sustancias con la boca y las cató. Repetido el experimento con sustancias ácidas ó amargas, el coleóptero contrajo los tentáculos y huyó.



LUCIO ANNEO SÉNECA, estatua de Mateo Inurria Laimosa (Exposición nacional de Bellas Artes de 1895)

De suerte que quedaba comprobada la existencia de sensaciones olfatorias.

Pero además de éstas, manifestáronse en el coleóptero las sensaciones del gusto: en efecto, habiéndole tocado la boca con pedacitos de papel de estraza mordió en ellos y empezó á tragarlos, mas los arrojó á los pocos segundos. Hízose luego la misma prueba con papel humedecido en una sustancia ácida ó amarga, y después de haberlo mordido lo rechazó, apartándole de sí con sus patas delanteras y limpiándose la boca con movimientos agitados; repitióse el experimento con papel mojado en extracto de carne, y el animal lo palpó por espacio de 10 ó 20 segundos hasta convencerse de que no era lo mismo de antes.

Los órganos del olfato y del gusto residen en estos animales en las antenas, pues Nagel observó que el coleóptero al comer palpaba constantemente la carne con las antenas maxilares y cuando el trozo de aquélla era grande, apelaba al auxilio de las antenas labiales; en cambio difícilmente se hacía comer á los animales á quienes previamente se les habían arrancado aquellos apéndices.

Los así mutilados, sin embargo, acostumbrábase poco á poco á su nuevo estado, y al cabo de tres semanas confían, bien que de una manera distinta de la acostumbrada en tales especies.

Los cangrejos de río mueven sus tentáculos de un modo muy extraño cuando se les estimula con soluciones de distintas sustancias sápidas: si la sustancia estimulante es demasiado fuerte, esconden sus tentáculos debajo de la cabeza.

Otros cangrejos reaccionan de tal suerte que evitan las partes del agua en que se encuentran aquellas materias.

En las sanguijuelas y lombrices de tierra, toda la piel parece ser órgano del gusto: en las primeras, la parte más excitable químicamente parece ser la más próxima á la cabeza, y en las segundas, además de ésta, la espalda y la extremidad trasera.

Del hecho de que las lombrices de tierra no necesitan al parecer el sentido químico, deduce Nagel que en ellas este sentido sirve para buscar la humedad del suelo, que les es indispensable.

Nagel ha comprobado de una manera análoga la presencia del «sentido químico» en gran número de otros insectos acuáticos, como por ejemplo cangrejos, gasterópodos, moluscos, equinodermos y zoófitos. - X.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

PAPEL WLINSKI

Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición, en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Gragreas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyección ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{is} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
"CARNE y QUINA" son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fertilizante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convulsiones, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los Intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto
El mejor y mas célebre polvo de tocador por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paiz, PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN